

## CORRESPONDENCIA

## MÉJICO

*Un millar de bautismos en la Baja Tarahumara.— Trescientos casamientos.— Muchos catecismos establecidos en los pueblos de indios de Batopilas.*

El R. P. Juan Antonio Martínez, misionero josefino, escribe desde Yoquiva el 19 de Marzo de 1896:

**D**ESPUÉS de haber celebrado la gran fiesta de nuestro Padre Señor San José, he creído conveniente decirle cuatro cosas sobre mis trabajos apostólicos entre estos pueblos de indios, separados del gran centro minero de Batopilas, y que por falta de sacerdotes se encuentran en el estado más lamentable de abyección, porque á los vicios propios de la gentilidad, hay que añadir la ignorancia tan grande, que nada saben ya de la Religión católica; pues aquí mismo hace veinte años que no han visto sacerdote, é internándonos un poco en las cien y cien barrancas de esta Sierra Madre, hay puntos que hace ochenta años que no han visto á un solo sacerdote: por consiguiente, unos cuantos indios, ya canos, son los únicos que atestiguan que estos lugares tenían muchos misioneros, y que habían convertido al Catolicismo á sus habitantes.

¡Ojalá que vengan obreros apostólicos que cultiven esta parte tan importante de la viña del Señor, y que aumentando los recursos podamos llevar á cabo la obra de Dios! ¡Oh Padre mío! estos hombres están muy bien dispuestos; pero el misionero carece de todo, porque hemos de comenzar formando los centros de Misión que han desaparecido del todo; pero basta, y en cumplimiento de la obediencia paso á decirle cuatro cosas sobre el resultado de mis trabajos en favor de estos pueblos.

Después de haber dejado establecido el colegio de Temascalcingo, el día 26 de Febrero del año de 1894 salí de la Casa Madre, en compañía de seis Hermanas Josefinas, y después de cuarenta y seis horas de camino que hicimos en el tren, llegamos felizmente á Chihuahua, en donde pedida del ilustrísimo señor Obispo su pastoral bendición, proseguimos nuestro viaje, hacien-

do tres días en carruaje, después de los cuales llegamos á Carichic, boca de la sierra, en donde debíamos cabalgar en mulas por seis días, para llegar al lugar de nuestro destino.

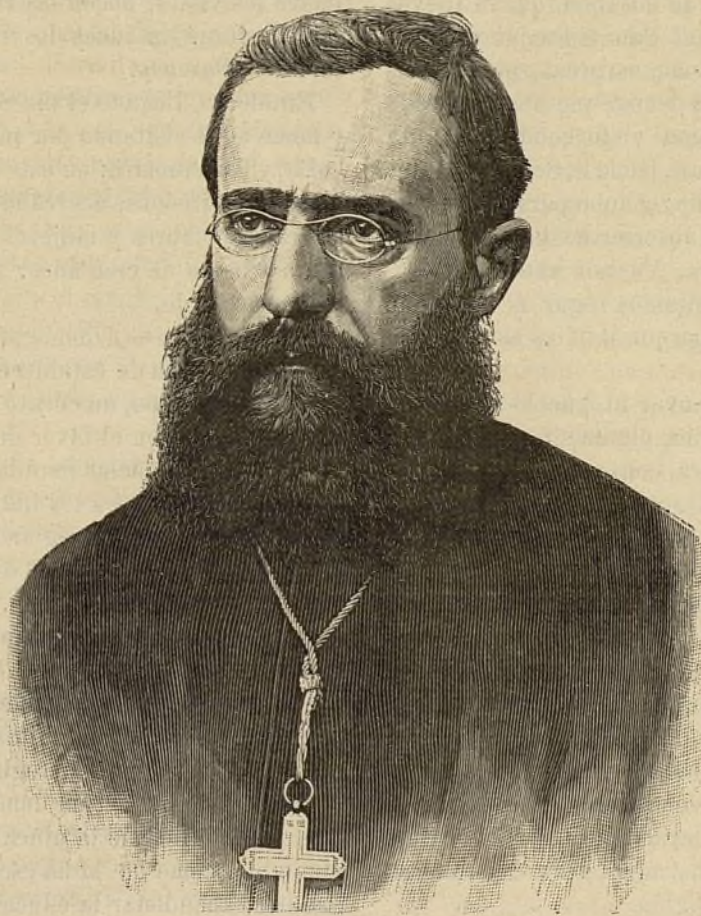
En Batopilas, á donde llegamos el 18 de Marzo, pudimos instalar, de acuerdo con el Sr. cura Estrada, dos colegios para ambos sexos; el primero dirigido por mí mismo, y el segundo por las Hermanas. Estos colegios, puesto bajos el amparo de la ley de instrucción pública, al fin del año escolar dieron los más felices y satisfactorios resultados, tanto para el señor Cura como para la Junta de Instrucción: los sinodales, que lo fueron el licenciado Juan Zubía, el ingeniero Alfredo Romero y César Oliva, después de haber presenciado nuestros exámenes se corroboraron más y más en los grandes

resultados que se podrían esperar de la enseñanza josefina en aquellas tan dilatadas regiones.

Y sin embargo de todo esto, en el tiempo que tuve que atender á mi colegio, no descuidé la instrucción del pueblo, pues como el señor cura no se basta para dar cumplimiento á la extensísima feligresía que tiene á su cargo, me dejó el cuidado de la parroquia de Batopilas, y entonces procuré comenzar mis trabajos apostólicos con una Misión que di por el término de un mes, siendo la Comunión general el día del Sagrado Corazón de Jesús, consoladora por cierto, si se atiende al espantoso indiferentismo religioso que reina hoy día, y con más razón en esta pobre gente, que sólo parece ha puesto su atención en los bienes materiales y

caducos de este mundo, olvidándose del fin para que fué criada, y todo esto es debido á la falta de obreros evangélicos, que armados del verdadero celo apostólico, puedan repartir el pan de la instrucción religiosa á esos pobres pueblos que, á semejanza del hijo pródigo, están pereciendo de hambre y sedientos de escuchar palabras de vida eterna que los saque del lastimoso estado en que yacen sumergidos tantos años ha.

Después de esta Misión, el señor Cura se dedicó á hacer la visita de los pueblos, y como ésta debía durar cerca de seis ó siete meses, me dediqué con ahínco á moralizar al pueblo por medio de la predicación evangélica. Mis humildes trabajos consistían en predicar los domingos mañana y tarde; por la mañana, explicando



ILMO. PABLO PELLET, vicario apostólico de la Costa de Benín  
(Pág. 502)



la dominica, y por la tarde haciendo una plática doctrinal: los sábados y días festivos había para los niños de ambos sexos catequismo, del que se encargaban nuestras Hermanas Josefinas, que con tanto tino supieron ganarse muchas jóvenes, apartándolas del camino del vicio, á la vez que del horrible precipicio en que sin advertirlo se encontraban. Los jueves también hacía por la noche una plática doctrinal. Durante la primera Cuaresma que pasé en ese lugar, determiné, á pesar de que me encontraba algo quebrantado de salud, hacer el cuaresmal, predicando cuatro veces por semana, sin contar con el penoso trabajo de la Semana Mayor; pero ¡qué dulce y suave es el yugo del Señor! y ¡cuán sabrosos los trabajos del misionero, cuando ese buen Dios sabe darles el incremento! Al fin de la Cuaresma, para el cumplimiento de Iglesia, vi con sorpresa, á la vez que con alborozo encantador de mi alma, que el Jueves Santo se acercaban á recibir el Pan Eucarístico cerca de quinientas personas; digo con sorpresa, porque personas ya de muchos años, me decían que nunca, desde que vivían en Batopilas, habían visto comulgar tanta gente; que cuando el señor Cura hacía la Semana Santa, si comulgaban diez, era mucho; y hubo persona que me aseguró que en la Cuaresma anterior no había comulgado más que una pobre vieja. Ya por esto conocerá, carísimo Padre, cuánto necesitamos rogar á Dios que mande operarios á su viña, porque la mies es abundantísima.

No dejé, por tanto, de mover al pueblo cristiano, haciéndoles, siempre que podía, algunas funciones religiosas, que es otro medio para conservar y aumentar la fe en los corazones creyentes, así como establecer la Asociación Josefina.

Pero por más que en Batopilas trabajé, y por cuanto veía que mis pequeñísimas fatigas apostólicas no eran estériles, gracias á nuestro Dios y Señor, un no sé qué que experimentaba mi alma, un vacío que sentía en mi corazón al considerar que en pueblos gentiles y casi semisalvajes, mayores necesidades reclamaban mis trabajos, ansiaba pidiendo á Dios por encontrarme entre ellos acometiendo una especie de reconquista, queriendo emprender entre la raza neta tarahumara ciertas visitas, por las cuales pudiera yo ponerme al tanto de sus necesidades con respecto á la Religión.

Parece que Dios oyó mis ruegos, pues cuando menos lo esperaba, vino una caravana de inditos casi desnudos y sólo con *zapeta* (especie de tonelete) cuya caravana se componía de los principales de un pueblo, doctrina de la parroquia de Batopilas. En el momento les hice entrar y sentar en mi habitación; y preguntándoles qué objeto les llevaba á mi presencia, el más castellano, con medias palabras, pero que con trabajo se hizo entender, me dijo:

—Los que ves aquí son las Autoridades de mi pueblo, y sabiendo que tú eres bueno, porque no cobras tanto por ir á sacar las fiestas á los pueblos, vinimos á verte para que vayas á hacer la visita al nuestro.

Entonces les pregunté que cuánto tiempo hacía que no los visitaba el señor cura, y me respondieron que no sabían; que sólo me decían que cuando el cura fué á visitarlos, había bautizado á unos que; siendo niños de pecho, ya eran hombres, y que estaban con sus mujeres

teniendo tres y cuatro de familia; y por lo que me dijeron después personas de razón, hacía más de veinte años que no veían á un Padre ó sacerdote en su pueblo. Cuando esto oí no pude menos que llenarme de compasión hacia estos pobrecitos, y les dije:

—Miren, hijos, como estamos en el mes de Diciembre: tengo el compromiso de sacar las fiestas de la Purísima, de Nuestra Señora de Guadalupe, y también la Noche Buena: por ahora no me es posible; pero vengan Vds. el día 6 del próximo mes de Enero del entrante año, y con mucho gusto iré á hacerles la visita. Váyanse, y mientras voy procuren componer su iglesia, así como la casa del convento (así nombran desde el tiempo de los antiguos misioneros á los curatos de Misión).

Esto les dije, porque ésta es la manera de que conserven estas casas curales, pues sólo entonces, cuando el Padre los visita, hacen las recomposiciones que en ellas se necesitan. Entonces los inditos se fueron, alegres como las Pascuas.

En efecto, llegado el día 6 de Enero vinieron por mí, y heme aquí visitando por primera vez los pueblos de la Baja Tarahumara; en este pueblo de Yoquivo hice como cien bautismos, acercándose á recibir las aguas de la gracia hombres y mujeres indígenas, de treinta, cuarenta y hasta de cien años, aplazando los casamientos para más tarde.

A este pueblo es á donde provisionalmente me he trasladado con el fin de establecer, con anuencia del ilustrísimo señor Obispo, un curato de Misión: ya tengo mucho adelantado, y con el favor de Dios así será, pudiendo á la vez fundar escuelas para la raza indígena. Parece que Dios me ayuda, pues los inditos me aprecian, y debido á esto he podido ir arreglando la casa para este objeto: ya he añadido á las piezas del convento otras tres, y más que se siguen haciendo. Por ahora tengo ya el colegio, cuyo internado cuenta con unos veinte alumnos venidos de Batopilas y pueblos adyacentes, y muy pronto quedarán arreglados los colegios para mis pobres inditos, así como para las inditas, pues muy pronto, con el favor de Dios, dejaré arreglada la casa para nuestras Hermanas Josefinas, en donde se dediquen á la instrucción y educación de la niñez femenina, pues sería lamentable, como me lo ha escrito nuestro digno Superior general, abandonar la educación de la mujer, que siempre y en toda ocasión es el todo para formar el hogar cristiano.

Una vez dado á conocer á estos pueblos, he visitado algunos de ellos, tales como el Mineral de Zapuri, Santa Ana y Monérachi, llegando á muy cerca de mil los bautismos que en dicho pueblo he hecho entre niños y adultos, siendo muchos de éstos de veinte, treinta, cincuenta y hasta de cien años. Los casamientos habrán sido unos trescientos: y no se ha hecho más por falta de obreros apostólicos.

Estos son, amado Padre, los trabajos que en dos años he podido llevar á cabo, pudiendo hacer muchos más cuando cuente con compañeros con quienes compartir éstos: Dios quiera que pronto los tenga por acá, á fin de que unidos en el Señor, todo lo que hagamos redunde á la mayor honra y gloria de Dios y bien de las almas.



## COLOMBIA (América del Sur)

*Misión de los Padres Capuchinos en el Chocó*

El R. P. Fr. Gregorio de Casserras, misionero capuchino, se ha dignado honrar *Las Misiones Católicas* con la siguiente interesantísima carta que nos escribe desde Quibdó con fecha 14 de Septiembre de 1898

**L**EYENDO en su acreditada *Revista* los progresos que hacen en muchas partes las Misiones católicas, me ocurrió si sería á mayor honra y gloria de Dios referir á sus lectores lo que mis hermanos en Religión han trabajado en este territorio que la Providencia ha confiado á su solicitud. Después de pensarlo á mis solas me resolví por la parte afirmativa, escribiendo al efecto una breve relación de los trabajos apostólicos de los Capuchinos en esta parte de Colombia, la que mando á V. por si acaso es servido insertarla en su *Revista* para edificación de los fieles. Permítame, pues, ante todo, que le describa en pocas palabras lo que comprende el territorio llamado Chocó, lugar de nuestras Misiones.

Por Chocó se entiende las dos provincias del Atrato y San Juan, al N. del departamento del Cauca (en la República de Colombia). Se halla esta región naturalmente dividida en tres partes, que son: al N. el gran valle del Atrato, formado por el manso y caudaloso río del mismo nombre, que enriquecido por un sinnúmero de afluentes, corre majestuoso por el centro del valle de S. á N. hasta el golfo de Urabá en el Atlántico, donde desemboca.

Este río es notable por la abundancia de pescado, pero con la particularidad que voy á referir: durante el año tiene poco, lo que suelen tener los demás ríos; mas en llegando el mes de Febrero es tal su abundancia que sin exagerar puedo decir á V. no haberse menester, para pescar en este río en dicho mes, anzuelo ni otro instrumento del arte, sino tan sólo manos para tomar el primero que se presente. Parece increíble, pero ello es así; los pescadores cogen cuanto pueden llevar en su canoa. Esta abundancia de pescado es debido á lo siguiente: cerca del golfo de Urabá ó del Darien, donde como llevo dicho desemboca el Atrato, hay unas lagunas ó más bien charcos formados por el mismo río que se explaya al llegar á este punto. Estas lagunas están llenas durante el año, pero á principios de Febrero se secan, debido al pequeño verano (ó cesación de lluvias) que en ese mes tiene lugar. Pues bien, mientras las lagunas están llenas los peces no salen de sus criaderos; mas conforme se van secando, los peces se van metiendo río arriba, derramándose por todos los afluentes con tal abundancia, que no sé de qué expresiones valerme para explicarlo; júzguelo V. por el ruido ó estruendo que hacen cuando suben por el río. Como nosotros tenemos la Casa-Residencia en la orilla del río, desde la cama he oído repetidas veces este estruendo, semejándose á un ejército. Pasado este tiempo, como vuelven las lluvias otra vez, los afluentes del Atrato crecen notablemente, y entonces los peces vuelven á bajar hasta las lagunas, donde permanecen todo el año.

También es notable este río por el mucho oro que se encuentra en sus arenas, tanto que muchos de los habitantes en las orillas de sus afluentes no viven de otra

cosa que de extraer oro lavando la arena. Es original el modo como lo hacen. Se amarran á la cintura una piedra que llaman *mico*, á fin de zambullirse con más facilidad, se proveen de una batea, la que tienen en las manos, y se hunden en el río. Llegan al fondo, llenan la batea de arena y suben otra vez con el trasto lleno y la piedra amarrada á la cintura. Salen fuera, donde lavan la arena, en la que se encuentra granos de oro. Es algo aventurado este ejercicio, pues algunos días sacan mucho y otros muy poco, aunque por lo regular sacan lo necesario para vivir cómodamente, á su manera, se entiende. Solamente la destreza que han adquirido por la costumbre y lo hábiles que son para nadar, puede hacerles llevadera esa maniobra. Debo advertir que los que se dedican á ese trabajo son con preferencia las mujeres.

Los afluentes donde abunda más el oro son los siguientes: Andágueda, Cabeceras del Atrato, Tanando, Troje, Neguá, Bebará, Bebaramá, Agua-Clara, Arquia, Cértigue, Raspaduras y otros; en los demás ríos tributarios del Atrato que no se encuentra oro se dedican al cultivo del plátano, de la yuca, de la rascadera y alguna que otra planta, aunque poco, porque los chocoanos no son muy aficionados á la agricultura.

La segunda división natural del Chocó es la siguiente: al S. la hoya del San Juan, formada por este río y sus afluentes. El San Juan es manso desde sus bocas hasta San Pablo; pero impetuoso y muy peligroso para las embarcaciones pequeñas desde este punto para arriba: corre de N. á S., y entrega sus aguas al Pacífico. Parece que no sería muy difícil unir el San Juan con el Atrato: en este caso las embarcaciones podrían pasar del Atlántico al Pacífico. De este río se saca también oro, aunque no en tanta cantidad como en el Atrato.

La tercera división la constituye la hoya del río Baudó y todo el litoral comprendido entre las bocas del San Juan y el departamento de Panamá al O.

Todo el inmenso territorio del Chocó no es otra cosa que una continuada serie de selvas, interrumpida solamente por los ríos y quebradas que la atraviesan. Aquí el forastero la primera vez que visita estos lugares no puede menos que alabar á Dios y admirar la original belleza que el Creador ha sabido derramar por las selvas vírgenes, antes que el ingenio del hombre entre á cambiar su natural aspecto prefiriendo la utilidad á la belleza. Las únicas vías de comunicación son los ríos, y el vehículo que sirve al hombre es la original canoa, vehículo por cierto nada cómodo y que retarda no poco los viajes, debido á que muchos riachuelos por los que hay que subir ó bajar, en ciertas épocas del año crecen tanto con los repentinos aguaceros, que llevando en su impetuosa corriente troncos y árboles enteros se hace imposible navegar por ellos, mientras que en otras ocasiones se secan casi completamente, y en este último caso no queda otro recurso que arrastrar por la arena y poca agua que ha quedado la canoa con los apuros que V. puede suponer, mojándose muchas veces, volteándose la pequeña embarcación otras, y no pocas teniendo que esperar á que llueva para que crezca el riachuelo y poder seguir adelante.

En los bosques se encuentran maderas muy preciosas por su duración, pues son incorruptibles, y puestas en



el agua ó lugar húmedo se petrifican, tales como el ne-ripená, el chucho, el trúntago, el canaleta y otras, que sirven para bases ó columnas de las casas, que todas están en las orillas de los ríos y por consiguiente en lugares húmedos. La construcción de las casas es también algo original: sobre cuatro, seis, ocho ó el número de guayacanes que se necesiten se construye una como jaula, con ó sin división de aposentos, que sirve de habitación. Sucede muchas veces que los ríos crecen desmedidamente, como acontece en todo lugar excesivamente quebrado y montañoso, y en este caso la pobre gente se ve en grandes aprietos, pues al crecer el río, como el agua inunda todo el espacio ocupado por las casitas, no tienen otro medio que guarecerse en lo más alto de la habitación; pero ni allí están seguros, porque subiendo las aguas más y más, inundan asimismo las habitaciones: entonces súbense á las camas, y si el agua les saca también de ese último refugio, no les queda otro amparo que la canoa, que está dispuesta al lado de la cama, en la que se meten con toda la ropa de dormir y demás utensilios de la casa, y estanse así hasta que bajan las aguas, que comúnmente no tarda más de dos días.

La población del Chocó la forman las cuatro razas blanca, negra, mulata é indígena (llamada americana ó cobriza); pero la más numerosa es la negra. Los blancos se dedican con preferencia al comercio; los negros á sacar oro de los ríos lavando arena, y también al cultivo del maíz y de las plantas que se producen en el lugar, y los indios á beneficiar el terreno estrictamente necesario á su subsistencia, pues la única aspiración del indio chocoano es no morir de hambre. Los negros y los indios van casi completamente desnudos: cúbrese solamente lo más indispensable con la corteza de un árbol llamado damajagua. Con todo, ¿quién lo dijera? usan mucho lujo, pues en ciertas ocasiones se pintan de cabeza á pies con tan variados colores y tan caprichosas maneras, que puedo asegurar á V. exceden á las más extravagantes modas de nuestra época.

En cuanto al número de población, me es imposible determinarlo por ahora, pues todos los días vamos descubriendo nuevos caseríos: lo que los misioneros han recorrido hasta ahora podría calcularse tal vez en cuarenta mil habitantes; pero falta todavía muchísimo que recorrer: sólo en el Darién se dice que hay treinta mil indios. ¡Ojalá el Señor aumente pronto el número de operarios, que entonces podremos hacer más frecuentes correrías apostólicas en beneficio de aquellos infelices!

El clima del Chocó es generalmente mal sano, no sólo para los forasteros, sí que también para los mismos chocoanos, debido indudablemente á la mucha humedad y calor (1). Las enfermedades más comunes son: las fiebres biliosas y palúdicas: entre los campesinos es asimismo bastante común el reumatismo, el carate (2), etc.; y entre los que moran en los pueblos, la anemia y la ti-

(1) En el poco tiempo que están los Capuchinos en el Chocó, ha muerto un Hermano lego, un Padre ha estado á las puertas de la muerte, y el que suscribe, á causa de una enfermedad en los ojos, ha estado como un año fuera de la Misión y aun no se halla bien restablecido; todos los otros misioneros han enfermado gravemente.

(2) El carate es una enfermedad de manchas que, extendiéndose por todo el cuerpo, en especial por la cara, convierte al hombre en un objeto repugnante.

sis. La temperatura media de Quibdó, capital del Atrato, es de 25° á 30° centígrados; el calor se hace soportable por la lluvia de todos los días, con excepción el mes de Febrero, en el que, como llevo dicho, tiene lugar un pequeño verano, que es causa de muchas enfermedades: la misma temperatura de Quibdó, con pequeña diferencia, se ha observado en todos los lugares hasta ahora recorridos por nuestros misioneros.

Esta es, señor Director, la viña que el Padre de familias nos ha confiado para que se la cultivemos con esmero y la hagamos fructificar.

Nos hicimos cargo los Capuchinos de la Misión del Chocó á petición del Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Buenaventura Ortiz (Q. E. P. D.), obispo de Popayán, y entramos en ella el 10 de Septiembre de 1892, provistos de amplias facultades para administrar todos los Sacramentos, excepto el Orden.

El primer pueblo que encontramos al paso fué Palestina, en la boca del río Calima: no nos detuvimos en él sino lo necesario para las confirmaciones, pues hacía poco que los Padres Redentoristas habían dado Misión en él; en ese pueblo administramos el Sacramento de la Confirmación á varias personas de edad muy avanzada, y lo mismo sucedió después en todos los otros pueblos que recorrimos.

Como yo caí enfermo, mandé adelante, al pueblo de Noanamá al P. Benito de Guatemala, con un Hermano lego, á fin de que preparase á los que habían de recibir la Confirmación: pocos días después, aunque enfermo, seguí hasta Noanamá, donde encontré también enfermo al referido P. Benito y aposentado en la sacristía. Aquí caímos enfermos gravemente todos, incluso el muchacho que nos acompañaba; por consiguiente tuvimos que suspender los trabajos comenzados, con dolor de los misioneros y de la gente, que se volvía á sus ranchos desconsolada.

Fué misericordia de Dios que pudiéramos salir todos salvos, pues en ese pueblo había suma escasez de todo: la casa donde permanecimos durante la enfermedad, carecía de paredes, es decir, era una cubierta sobre cuatro palos, y estábamos expuestos, como se comprende, á toda intemperie. Pero Dios no quería que comprásemos tan barato el cielo; había mucho que trabajar; los misioneros éramos pocos.

Estuvimos en ese pueblo enfermos como un mes; después algo alentados, pero no curados, seguimos hasta Primavera, donde encontramos á los reverendos Padres Redentoristas, que estaban entonces dando Misión en ese pueblo, con mucho fruto de las almas. Como dichos Padres hacía mucho tiempo que misionaban aquellos pueblos y necesitaban ya de descanso, se retiraron á Buga, continuando los Capuchinos la Misión. De allí pasamos á Novita, en donde á los pocos días, á causa de lo insalubre del lugar, volvimos á recaer, por lo cual tuvimos que salir presto en dirección á San Pablo, pueblo relativamente sano.

Los habitantes de ese lugar nos atendieron con un esmero indecible, y recuperamos la salud. Del todo restablecidos, llegamos á Tadó, pueblo importante, donde nos hicieron muchas instancias para que estableciéramos



nuestra residencia en ese pueblo; pero como de antemano habíamos creído más conveniente establecerla en Quibdó por las razones que después diré, no pudimos satisfacer sus deseos.

Por fin después de un viaje largo y penoso llegamos á Quibdó. No olvidaré jamás la grata impresión que me produjo el espléndido recibimiento que hicieron á los misioneros los habitantes de esa capital, y aprovecho esta oportunidad para manifestarles mi cordial agradecimiento y darles las más expresivas gracias. Salieron á encontrarnos á la distancia de dos días, río arriba, con una gran balsa arreglada del modo siguiente: sobre algunas canoas formaron un tablado, y sobre dicho tablado construyeron una casita bastante capaz y muy aseada con todo lo necesario para el caso. Bajamos con toda la comodidad apetecible hasta la población, en donde nos recibieron con cohetes y repiques de campanas. Llegados que fuimos experimentamos la satisfacción que se siente al llegar al término de una empresa después de muchos obstáculos vencidos; bien que para nosotros no era el término, sino el comienzo de una campaña arriesgada y comprometida que íbamos á emprender contra el enemigo de Dios y de las almas, atrincherado tiempo había en aquellos pueblos y caseríos, privados tanto tiempo de los auxilios de nuestra santa Religión.

(Se continuará).

## BRASIL

*Visita pastoral.—Fe de los brasileños.—Bendiciones*

EL día 11 de Mayo de este año, escribe el R. Padre D. Eusebio Sacristán, C. M. F., y sin temor á la fiebre amarilla que despuebla y diezma este rico y esperanzoso Estado de San Pablo, salió de visita pastoral su dignísimo prelado, el Ilmo. Sr. Arcoverde, para Mococa, ciudad importante situada al Oeste de San Pablo y limítrofe con el Sur de Minas Geraes, donde bendijo una magnífica iglesia que acababan de levantar. Recorrió además los pueblos de San José de Río Pardo, Caconde, Cajurú, Monte Santo, San Sebastián do Paraizo,

Santo Tomás de Aquino, Patrocinio de Sapucahy y Franca. El fruto de esta visita, que ha durado tres meses, no es para contado en pocas palabras. Se decía y se temía, con fundamento, que en algunas partes, merced á intrigas y manejos de los protestantes y masones, tan poderosos en este por ellos trabajado Brasil, sería recibido con frialdad, si ya abiertamente no era recibido con demostraciones hostiles; mas ahí fué donde brilló más la mano de Dios. Tal sucedió en Cajurú, pueblo dejado á merced de masones y herejes extranjeros obstinados en el mal; mas si es verdad que en él abundó el pecado, sobreabundó la gracia, y tanto fué Dios servido de favorecer los esfuerzos del ilustrísimo señor Obispo, que hubo de dar de mano á sus muchas ocupaciones para entregarse en cuerpo y alma al confesonario, pues los siete ú ocho sacerdotes que con él estaban eran impotentes para desobligar, como aquí dicen, á los que deseaban limpiar sus almas en la piscina santa de la penitencia. Por mis propios ojos vi el fruto que producía esta visita desde



NORUEGA.—Catedral de Trondhjem reconstruída. (Pág. 497)



San Sebastián, á donde fuí á encontrarle. No se hartaban los fieles de besar el anillo pastoral, y era necesario que S. E. I. pasase todos los días horas enteras en la sala de visitas para satisfacer la devoción de un pueblo entusiasta y amante que gozaba en besar la mano de su padre. La asistencia al confesonario era tanta, que yo mismo, llegado á los diez días de comenzada la visita en este pueblo, tuve que confesar los cinco días que aún allí estuvimos, cinco, seis y siete horas, y casi siempre hombres.

El mismo y mucho mayor trabajo tuvimos en Santo Tomás, pueblo bueno en toda la extensión de la palabra. La misma noche de llegar, molidos y todo por un camino de cuatro largas horas á caballo, nos vimos obligados á meternos en el confesonario para satisfacer la devoción de los principales del pueblo, que como lo eran en riquezas y dignidad, quisieron mostrarse también primeros en religión.

No es posible decir cuántas personas se confesaron y comulgaron, pues no había lugar á contarlas. Lo mismo debo decir de Patrocinio de Sapucahy, y aun creo que debo acrecentar más. Es Sapucahy una ciudad, si pequeña en extensión y reducida en el número de habitantes, generosa en entusiasmo y decidida por la Religión. En ella tuvimos el gusto de admirar la hermosa, artística y religiosa iglesia, debida sin duda á los talentos, celo y actividad de su incomparable párroco Padre Peregrino, y al desinterés y amor de Dios de D.<sup>a</sup> María de Vilela y otras ilustres señoras de Sapucahy, secundadas y poderosamente ayudadas por el esposo de dicha señora D. Juan Vilela dos Reis, y otros celosos caballeros de Sapucahy. Decía después el Obispo electo del Espíritu Santo, y hallo muy adecuada la expresión, que Sapucahy es un pueblo aparte, diferente de los otros del Brasil. Para mostrar la generosidad é hidalguía de este pueblo, baste decir que en menos de media hora y por tres ó cuatro palabras que se les dijo, reunieron, para acabar la iglesia por defuera, doce *contos* de *reis*, que equivalen á unas 13,000 pesetas, y téngase en cuenta que el pueblo no pasa de 3,000 almas, y que llevan gastadas ya en la iglesia más de 100,000 pesetas recogidas de limosnas del pueblo.

Terminó la visita en Franca con una Misión que predicamos el P. Domingo y el que subscribe. Del fruto sólo diré que dejó completamente satisfecho á S. E. I.

En esta excursión pude admirar una vez más la sencillez y fe del pueblo brasileño. El pueblo es bueno, es excelente; es esencialmente religioso y piadoso. Ellos por la Religión de Nuestro Señor, como llaman á la católica apostólica romana, lo darían todo.

Una de las cosas en que dan á conocer más su fe es en las *bençãos* ó bendiciones. Todo lo quieren bendito: el pan que comen, los vestidos de que usan, sus campos, sus animales, sus cuadros, sus estampas; si están enfermos, ha de ser su remedio la bendición del Padre; si sanos, la bendición ha de prevenir la enfermedad; bendicen á los niños, y sería crimen dejar de bendecir á los viejos. Esto sucede ya entre los caipiras ó gente del campo; los que á sí propios llámanse sabios y quieren pasar por ilustrados, dan en el extremo opuesto, despreciando por ignorancia crasa lo más santo y sagrado. ¡Pobrecitos! *Cæci sunt*.

Una de las cosas que llaman más ahora la atención aquí es la mudanza de la Sede episcopal desde Goyás á Uberaba. El Obispo de Goyás se traslada con su seminario á una distancia de cien leguas.

Está ya confirmado y próximo á ir á Roma para consagrarse el obispo electo del Espíritu Santo, canónigo Juan Bautista Nery, sacerdote de admirable celo y actividad, y tan joven, que no tiene todavía treinta y tres años de edad. Ama mucho á nuestros misioneros, y pretende visitar nuestro noviciado.

## BASILAN (Filipinas)

### *Viaje de exploración al rededor de la isla de Basilan*

El R. P. Cavallería, de la Compañía de Jesús, escribe desde Isabela de Basilan, el 20 de Mayo de 1893, al reverendo Padre Superior de la Misión:

**Y**A he podido por fin realizar la tan recomendada por V. R. y por mí tan deseada expedición al rededor de la isla de Basilan.

Fué felicísima, y mejor de lo que habría podido desear, pues, á excepción de las incomodidades consiguientes á un viaje en vinta, no hubo contrariedad alguna.

Salí de la Isabela el día 28 de Abril, á las ocho de la mañana. Escogí el tiempo de luna llena, la que al propio tiempo que alumbra la noche, ensancha las mareas y las agita con mayores corrientes; y así aprovechando el agua favorable se adelanta mucho la navegación. Constaba la tripulación de un timonel, tres bogadores y un cocinero, todos buenos para el objeto, en especial el timonel, que además de ser de confianza en la mar, sabe hacerse respetar de los moros.

Dirigimos, pues, el rumbo hacia el Oeste de la isla. Paramos un rato en la isla de Lampinigan distante de la Isabela unas cinco millas y próxima á la costa. Los moros de esta isla están sometidos, hace muchos años, y su trato no ofrece dificultad. Todos ó casi todos se agruparon en mi rededor, hablé un buen rato con ellos, y proseguí mi viaje, que desde esta isla adelante fué enteramente nuevo para mí. Pasamos por delante de la ranchería de Bagbagun, sin detenernos, por ser punto fácil de ser visitado desde la Isabela, en un día, y que pienso visitar en la primera oportunidad. Está un poco hacia al Oeste de la isla de Lampinigan ya referida. Tiene agua buena y abundante, y una buena llanura de regadío para palay. Habiendo pasado ese sitio, ya se divisa, por no estar muy lejos, la punta Oeste de Basilan, conocida por punta de Pangasahán.

Mientras pretendíamos con empeño doblarla, vimos dos vintas de moros no lejanos; y como en estos sitios ya está el navegante lejos de la influencia próxima de pueblo y fuerza española, mirábamos con gran cuidado si las referidas vintas hacían algún movimiento hostil (como suelen los moros cuando pueden impunemente hacer sus fechorías); pero nada ocurrió: dirigieron su rumbo hacia las islas de Pilas, y nosotros entramos en el conocido canal de Pangasahán. Podía haber pasado por fuera, mas quise navegarlo por dentro, aunque la noche ya comenzaba á entrar, para reconocer bien el referido canal. Tiene una milla de largo y un ancho que permite pasar una ó dos lanchas; y su fondo también



es bastante para esta clase de embarcaciones. Está formado este canal por la punta Oeste de Basilan y una isleta, que está al parecer como cortada en la misma punta. Fácilmente se comprende, que se presta mucho este canal á los moros para hacer sus piraterías. Con solas dos vintas, una en cada boca, pueden cautivar las bancas que entran en él. Desemboca cerca de la entrada Noroeste el río Pangasahán. En este río fué donde no ha mucho, los moros de Pangasahán mataron á otros cinco correligionarios, y se quedaron con los efectos que tenían en su embarcación; pero el Sr. gobernador, D. Francisco A. Vázquez, no dejó pasar impune un hecho que reclamaba justicia de parte de nuestro Gobierno, por estar los ofendidos bajo la bandera española. Todavía se ven en este río atravesados los troncos de los árboles que echaron en él los agresores, tan luego como cometieron el crimen, para impedir que se les persiguiera.

Pasado ya el referido canal sin novedad, nos hallamos al Sudeste de la isla. Navegamos un buen rato con marea favorable para acercarnos todo lo posible á la boca del río Maluso, para entrar en él al día siguiente, á primera hora, y visitar á los moros que en dicho sitio tienen sus caseríos. Fondeamos, pues, cerca del río, y pasamos la noche tranquilamente, sin más novedad que una nube de mosquitos hambrientos, que no nos permitieron casi pegar los ojos durante la noche. Frente á este sitio y hasta la punta Mangal, que está casi á la mitad de la costa Sur, en la parte opuesta al pueblo de Isabela, hay varias isletas despobladas. Sus nombres son: Tongolon, Goreno, Teipano, Langasmate, Tamu, Lahatlahat y otras. Todos estos islotes, que se ven y están á muy corta distancia de Basilan entre una y cinco millas de la costa, vienen á servir de abrigo contra los vientos del Sur.

Pasada la noche como he referido y muy tempranito aún, entramos en el río Maluso. En la entrada tropezamos con dos *salisipanes*, embarcaciones morunas como pancos, las cuales se retiraron hacia fuera, habiendo izado bandera española tan luego divisaron nuestra banca, que la tenía izada ya, desde la salida de Isabela. Seguimos el río de Maluso hasta llegar á las casas que distan como una hora de la desembocadura. Es este río de Maluso algo mayor que el de Cuibauan, conocido de V. R. Las dalamas grandes pasan en alta marea. A uno y á otro lado hay extensas llanuras. Habiendo llegado á las casas de los moros, que por primera vez veían un Padre misionero por aquellas comarcas, nuestro primer cuidado fué observar qué impresión les causaba nuestra presencia; y viendo que mostraban gusto, y no se retraían, saltamos á tierra por un pantalán flotante, que había allí junto á las casas. Nos dirigimos con algunos moros, que estaban en la orilla ó casa del panglima, llamado Pamuntul, quien nos recibió bien. Bien pronto se reunieron un gran número de moros en nuestro contorno. Serían las ocho y media, y no había yo tomado nada con el fin de celebrar Misa en aquel centro de la morisma, si no surgía algún grave inconveniente. Dije, pues, la Misa con paz y tranquilidad. Los moros estaban mirando, á lo menos muchos de ellos, y les gustó la ceremonia, según me dijeron al terminar la Misa.

Después de haber dado gracias conversé un rato con los moros, repartiéndoles algunos presentes. El panglima de Maluso agradecido, quiso regalarme unas gallinas y huevos, que es su costumbre, cuando quieren obsequiar, y lo mismo hizo otro principal.

Manifestaron deseos de volverme la visita, y de que yo la repitiese á ellos, á lo que les respondí que me placía mucho. El sitio de Maluso es llano y extenso, y se puede regar fácilmente. La mayor parte de los moros de las orillas de este río se dedican al cultivo del palay, caña dulce, árboles frutales. Salimos fuera del río como á las once del día, teniendo que arrastrar un rato la vinta, porque el río tiene barra y era la marea baja. Dejamos á mano derecha los *salisipanes* ya referidos, que aun estaban fondeados, no lejos de tierra, en una isleta muy cerca de la costa de Basilan. Con el agua favorable y un poquito de viento dirigimos nuestra proa á la ranchería llamada Guión, célebre y renombrada en esta cabecera. Serían como las doce y media del día cuando para descansar algo y comer en tierra saltamos á una isleta que al paso hallamos. A los pocos minutos de fondear se presentó una vinta de moros, tras ésta otra; salieron de ellas seis moros, todos de armas tomar, que no me hacían á mí mucha gracia; pero Tiburcio, nuestro timonel me dijo: «No hay cuidado, porque les conozco y me conocen,» como se vió por el saludo. Sin embargo, él tenía á su lado dos remingtons, que el señor Gobernador había tenido la amabilidad de prestarnos, para lo que pudiese ocurrir durante la expedición. Nada pasó, y luego fuimos derechos á la boca del río Guión, á donde llegamos al terminarse el día. Pasamos la noche en el desembarcadero que no está lejos de la entrada. Al día siguiente celebré Misa en campo raso, donde improvisé con los bogadores una mesa de palos. No fué posible celebrar en la ranchería, porque dista del pantalán hora y media larga. Terminada la Misa, acompañado de tres bogadores, quedando los demás para guardar la embarcación, me encaminé á pie al famoso Guión, á donde llegué á la hora y media de andar á buen paso. Luego se presentó el famoso imán Caping, quien se mostró afable, y después de un buen rato de hablar con él nos despedimos para desandar lo andado, y dirigimos la proa á la isla de Salupin, que está frente á la boca de Guión á la distancia de unas cinco millas. Este imán Caping y el panglima Pamuntul de Maluso me mostraron la bandera española que les había regalado el Sr. gobernador D. José Jiménez hará unos nueve años, y lo hacían para indicarme que eran súbditos del Gobierno.

El terreno de Guión se presta mucho para ser poblado, es feracísimo y sin piedras; abunda en agua rica, limpia y cristalina; es algo elevado sobre el nivel del mar, al que se domina perfectamente desde las alturas de Guión. Digo alturas, porque no es enteramente llano, sino que forma varias lomas eslabonadas y de poco desnivel entre unas y otras, y aunque es bastante alto el sitio de las casas, la subida es muy suave y poco pronunciada; de modo que desde el embarcadero hasta una distancia de una hora y media hacia arriba puede poblarse y sembrarse perfectamente. ¡Qué bonita población podría formarse en tan rico terreno! El ganado vacuno es abundantísimo: no falta quien afirma que el



imán Caping tiene tanto ganado vacuno que no le es fácil contarle. Los jabalíes se veían á manadas. Juzgo este sitio por uno de los más á propósito para poner destacamento, cuando haya de escogerse un sitio por el Gobierno, á quien hace tiempo que se ha manifestado la necesidad de poblar y vigilar el Sur de Basilan por medio de alguna fuerza militar.

Volviendo ahora al hilo de la narración del viaje, digo que llegamos á la isla de Salupín como á las cuatro de la tarde. Hasta que los moros de esta isla estuvieron enterados del objeto que llevábamos, se escondieron; pero una vez instruidos de quienes éramos, se nos acercaron sin muestra alguna de desconfianza. Noté que era gente mucho más sencilla que otros moros, de manera que si pudiera verles con frecuencia, y separarlos de los demás, no tardarían en abrazar nuestra santa Religión. Nuestro buen timonel tenía parientes en esta isla, y todos le daban muestras de afecto. Quedaron tan agradecidos, que apenas tardaron diez días en volvernos la visita á la misma Isabela, y trajeron los regalos que habrían querido darnos entonces en su isla, y que no tenían á mano, por no saber nuestra llegada. Aconsejéles que se vinieran á vivir cerca de la Isabela, y no les pareció mal, y dijeron que hablarían con los demás para resolverse todos. Les cobré amor especial á estos moros, y les quisiera ver pronto en estado de salvación. Esta isla forma parte del grupo de las denominadas Bubunan, Lanauan, Tapiantana, Tonguil, etc., que se hallan entre Basilan y Joló, pero perteneciente á la isla de Basilan, como se ve en las cartas geográficas.

A las ocho de la noche dirigimos nuestro rumbo á Bojelugbun, ranchería principal y muy nombrada que está hacia el Sudeste de la isla. La límpida y clara luna nos alumbró hasta las tres de la madrugada, y el viento nos favoreció hasta casi esa misma hora, y llegamos á la referida ranchería como á las cinco de la mañana, de suerte que los bogadores trabajaron toda la noche muy bien. Como era domingo, vino á propósito el celebrar la Misa, porque hay algunos cristianos que viven en esta ranchería, por disposición de Pedro Cuevas. Improvisamos una mesa debajo de un corpulento árbol, y arreglamos nuestro altarcito para la Misa, que se celebró en seguida de estar todo arreglado.

En este mismo día tenían los moros su tianguí ó mercado, y varios de ellos tuvieron ocasión de ver nuestro culto. Terminada la Misa, me entretuve en hablar con los pocos cristianos y con los moros, ya para conocerlos, ya para ir perfeccionándome en este idioma. Inspeccioné donde podría plantarse una capillita, porque es punto que me parecía á propósito para visita; aunque el terreno es algo accidentado. El agua es riquísima y abundante: los moros tienen este sitio como punto marítimo para sus comercios. Los cristianos aprobaron con gusto el que se levantase una capilla en este sitio. Permanecí todo el día en este pueblo por guardar el domingo, y al día siguiente salí y fui á visitar al salip Aguil, hijo del difunto salip Abubácal, que residió muchos años en esta isla. Reside ahora en el sitio de Ugbung. Hablé un rato con el salip y con su familia; traté de historia sagrada, de la creación del mundo, porque tienen ideas en esta parte muy dispa-

tadas; mas ellos no quisieron objetar nada sobre este asunto, por no verse avergonzados, pues carecen de nociones tan sabidas, que los niños de la cartilla de nuestros pueblos dicen en alta voz. Su intérprete los excusaba diciendo que fácilmente se les olvida, y que en aquel momento no les venía nada á la memoria. Si esto acontece en casa del salip, que es su primera autoridad religiosa, ¿qué conocimiento tendrán los moros labradores, ó guinbanos, según dicen ellos?

Me refirió el salip que los moros tienen un círculo de ocho años, cada uno de los cuales tienen su nombre y es como sigue: Año Alip, año Sa, año Jin, año Jei, año Dal, año Ba, año Baa, año Uao. Cada uno de estos años es fijamente de más ó menos esperanzas para los labradores; el año Alip es año de lluvia; año Ja, año de lluvias; año Jin; año de poca lluvia; año Jei, año de mucha lluvia; año Dal, año de poca lluvia, año Ba, nada de lluvia ó poquísima; año Baa año de lluvia; año Uao, año de lluvia abundante.

Este es, por decirlo así, su número áureo, tan supersticioso como disparatado. Con este número áureo los salips son consultados de la gente vulgar y cobran su fama é importancia, y si sale frustrada la afirmación no les faltan evasivas para el vulgo ignorante, como no faltaron á un salip, quien decía en tiempo de la epidemia del año 1882 á los moros de Panigayan, que se pusiesen su gorro blanco ó colorado para curar, dando cuatro reales cada vez que lo usaban, y como á pesar de ponerse el gorro del salip, murió la mitad de la población, la evasiva era, que no habrían dicho bien las fórmulas que se habían de pronunciar al usarlo.

Desde Ugbung nos dirigimos á la punta Matangal; pasamos frente del monte llamado Panocobon, que sirve de rumbo á los marinos que desde Cottabato ó Pollok se dirigen á Zamboanga ó á Basilan. Pasamos también frente á la ranchería de Candís, de donde salieron los primeros juramentados que entraron en este pueblo el año 1889, según se lee en la carta del P. Foradada, que él escribió estando de misionero en la Isabela, en aquel año. A las cuatro de la tarde nos hallamos en la punta Matangal, donde descansamos un rato, y luego divisamos el río Guibauan, á cuya barra llegamos á las nueve de la noche. Hicimos noche en ella, y al día siguiente muy de mañanita subimos por el río hasta la visita de San Pedro, donde celebré Misa con asistencia de algunos cristianos de aquel punto. Visité las dos escuelas provisionales, que gratuitamente desempeñan un maestro y una maestra, hasta ver si crece el número de niños. Hablé un rato con Pedro Cuevas, quien me enseñó su gran casa que acaba de levantar en aquella visita, y con su buena hermana Florencia que V. R. conoce, y me dirigí ya, por el derrotero muchas veces navegado, hacia la Isabela, porque me hallaba cansado y algo debilitado por la larga navegación.

Las aguas potables son ricas y abundantes en el Sur, pues vi muchas bocas de río que pienso poner en la carta geográfica que remitiré á V. R. más tarde.

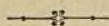
Sitios hay bonitos y de mucha utilidad para pueblo ó un destacamento que domidaría casi todo el paso del Sur de Basilan á Joló, en cuyo paso cometen los moros frecuentes piraterías.



## MISIÓN CATÓLICA DE LANDANA (CONGO)

POR EL P. CAMPANA

de la Congregación del Espíritu Santo



Este interesante trabajo que empezamos á publicar es debido á la pluma del Viceprefecto apostólico del Bajo Congo, misionero que ha pasado muchos años en el Congo portugués.

## El país

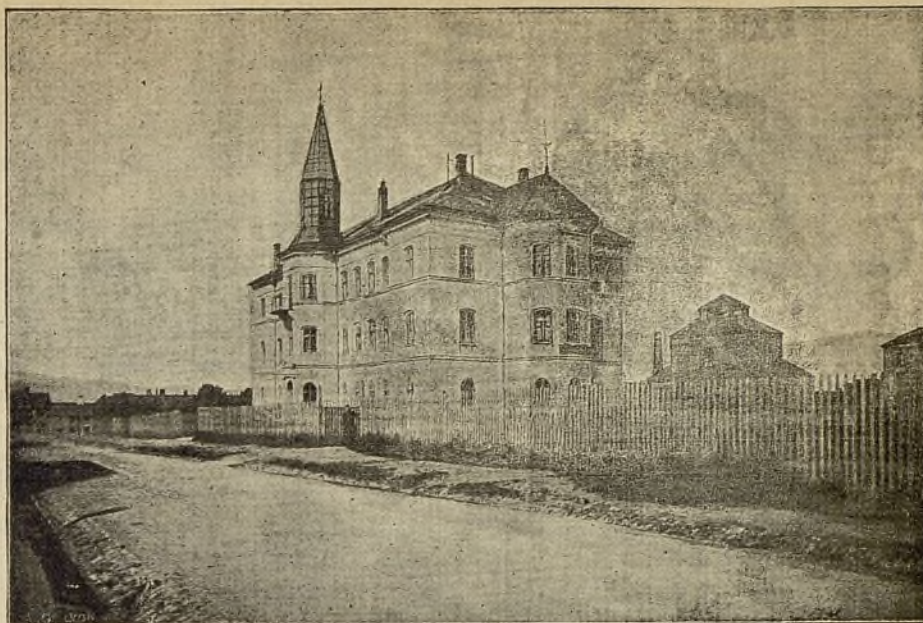
## 1.— Situación é importancia de Landana

**L**ANDANA está situada á orillas del mar, en un terreno escabroso y muy pintoresco, correspondiente á las posesiones portuguesas: linda por una parte con el Estado independiente del Congo, y por la otra unos veinte kilómetros solamente lo separan de las posesiones francesas.

El sitio es soberbio: los acantilados rojizos que se levantan en medio del verdor, los desgajados bloques que flanquean su base, las casitas á la sombra de las palmeras, las barcas inclinadas en la playa ó balanceándose en las aguas, hacen de Landana uno de los cuadros más pintorescos de la costa africana.

No es una ciudad ni una villa propiamente dicha, aunque hubo allí en otro tiempo una población de este nombre: es un punto de la costa que toma toda su importancia de la Misión católica y de las casas de comercio allí instaladas.

A dos kilómetros al Norte de Landana, desemboca en el Océano el Chiloango, conocido también entre los indígenas con el nombre de Loango-Luiza.



NORUEGA.— Iglesia y hospital católico de Trondhjem. (Pág. 498)

Algunos mapas dan á este río el nombre de Kacongo, denominación absolutamente desconocida en el país. Es inexacto también llamar Luiza-Loango al Loeme (según algunos Loema ó Loemba), que se echa al mar algo más al Norte, en Massabe, y separa hoy el Congo francés de la parte portuguesa de Cabinda.

En su parte superior, en un punto llamado Nzobe, el Chiloango se divide en dos grandes brazos: uno de ellos, procedente del Nordeste, designado con el nombre de Loango, recibe como afluente de derecho el Luali; el otro, procedente del Sudeste, forma un importante río comercial conocido con el nombre de Lucula.

Todos estos ríos, según los indígenas, son navegables hasta su origen; pero ningún europeo, que se sepa, ha podido aún explorarlos perfectamente.

El Chiloango propiamente dicho, desde su embocadura hasta Nzobe, es sinuoso, estrecho, muy encajonado y sumamente profundo.

Agradable es la navegación por este hermoso río. Dan sombra á sus lípidas aguas inmensos bosques vírgenes que se extienden desde la cumbre de las montañas hasta las riberas que cu-



SAHARA.— En las dunas: descenso. (Pág. 495)



bren con una vóveda de verdor. A trechos encuéntranse piraguas de negros, que se detienen á la sombra del follaje para descansar y comer. Elegantes grupos de pistia y gramíneas acuáticas flotan en la superficie del agua, mientras que multitud de aves, tales como numerosas variedades de martin pescadores, animan con su vuelo y su canto aquellas magníficas soledades. Experimentase indefinible encanto al contemplar esas bellezas maravillosas de la naturaleza, y recuérdase instintivamente la entusiasta descripción que Chateaubriand hace en sus *Natchez*, de los ríos del Nuevo Mundo.

Mas el Chiloango no fué criado tan sólo para cautivar las miradas del viajero; es sobre todo de utilidad considerable para el comercio.

En sus orillas hay escalonadas importantes factorías, que forman como otras tantas sucursales cuyas mercancías y productos las casas principales establecidas á la embocadura del río dirigen á Landana, donde quedan en depósito hasta la salida del primer vapor.

Las comunicaciones, por lo demás, son sumamente fáciles: tienen lugar con los diversos puntos de la costa, sea por tierra con auxilio de portadores, sea por mar con vaporcitos: con Europa se hacen por un servicio regular de buques franceses, portugueses, ingleses y alemanes.

Esta facilidad de comunicaciones da considerable extensión al comercio de aceite de palma, de alféncigo, de goma elástica, etc., que se practica en esta comarca, y que comparten cinco naciones: Holanda, Francia, Portugal, Inglaterra y el Estado independiente del Congo.

## II.—Clima

Aunque el Congo esté comprendido en la zona tórrida, y que, durante seis meses del año, carece completamente de lluvias, el clima es muy soportable: la temperatura media es de 25° centígrados á la sombra: rarisimas veces el termómetro sube á más de 35° ó es inferior á 18°.

El año se divide en dos estaciones casi iguales.

La más agradable y más sana para los europeos empieza en Abril y termina en Octubre; es la estación seca. El sol durante estos seis meses esterilizaría el suelo si el cielo no estuviese á menudo cubierto de vapores que interceptan sus rayos, y si no refrescasen el aire el abundante rocío de las noches, los torrentes que surcan los flancos de las montañas y los numerosos ríos que riegan las llanuras. Pero lo que más que todo contribuye á refrescar la atmósfera, es la brisa del Sud que todas las mañanas se levanta á cosa de las nueve y parece crecer á proporción del calor: esta brisa sopla hasta media noche, sucediéndole con mucha frecuencia la brisa del Norte, que no cesa hasta salir el sol.

La estación seca no es la de los más grandes calores: el estío empieza en Octubre y concluye en Abril. Los calores son entonces excesivos, y serían insostenibles á los europeos si no templasen sus ardores las abundantes lluvias. Durante esta estación transcurren muy pocos días sin que se oiga retumbar el trueno.

Los tornados son asaz frecuentes, siguiéndoles la mayor parte de las veces lluvias torrenciales. Estos huracanes proceden ordinariamente del Nordeste, al-

gunas veces del Norte. Los anuncian en el horizonte nubes blancas que no tardan en ensancharse, convirtiéndose en inmensa cortina de un gris obscuro, surcada en todos sentidos por el rayo. Esta cortina se extiende rápidamente, y en breve sucede á la imponente calma el huracán que agita violentamente las hojas y las ramas.

La estación de las tempestades ó de las lluvias es, para los europeos no aclimatados, la más peligrosa, á consecuencia de las emanaciones que se desprenden del suelo; pero es también la más fecunda: la naturaleza renace como por encanto: la tierra se cubre de verdor, de flores y de frutos.

## FLORES DE COREA

POR UN PADRE DE LAS MISIONES EXTRANJERAS

### VIII

#### Una familia de mártires

CUANDO plugo á la Divina Providencia enviar Pastores á Corea, encontraron éstos preciosos auxiliares en los primeros convertidos. Algunos de estos neófitos se distinguieron por un celo y fidelidad á toda prueba. Unidos en la tierra á sus maestros espirituales por los lazos de la fe y de la abnegación, compartieron hasta el fin sus trabajos y sufrimientos, y es difícil celebrar la gloria, de los primeros sin evocar la memoria de los segundos.

Desde que se habló de Cristianismo en Corea un médico célebre llamado Tiang, noble de origen, siguió de cerca el movimiento de los espíritus hacia esta Religión nueva. A fin de gozar de mayor libertad para satisfacer sus aspiraciones y su afición al estudio, renunció á su profesión y á la esperanza de las dignidades. Sin embargo, la audacia de Piek I le escandalizó, y apartóse de este imprudente novador. Continuó estudiando con tesón, y reconociendo la verdad del Cristianismo, al cabo de cinco años de investigaciones se hizo bautizar. A imitación del grande Obispo de Hipona, á quien escogió por patrón en su bautismo, Agustín Tieng se dedicó por completo á los intereses de la Religión. Comunicó sus ideas á las personas de su familia, y dió á su hijo educación muy esmerada. Su mujer, Cecilia Niu, con quien casó en segundas nupcias, era digna de él por sus cualidades y virtudes.

En sus viajes, á caballo ó en buque, meditaba los misterios de la Religión. Si hallaba ignorantes, esforzabase por instruirles. Compuso en coreano dos libros sobre los principales artículos de la fe.

El P. T'siu le nombró presidente de la Cofradía de la instrucción cristiana, y su celo por la Religión que le distinguía entre todos, le atrajo el odio especial de sus enemigos. Así no tardó en ser preso con dos de sus hermanos. Estos, aunque cristianos sinceros, aterrados por las amenazas de suplicios horribles, desoyeron las exhortaciones de Agustín, y por una apostasía externa pudieron esta vez salvar la vida, y partieron para perpetuo destierro. Poco después, sin embargo, uno de ellos hizo con sus escritos la apología de la Religión, y tuvo la dicha de lavar con su sangre su pasajera apostasía.



Agustín Tieng permaneció firme en las torturas, y fué condenado á muerte. Sus últimos momentos coronaron dignamente tan santa vida.

—El supremo Señor del cielo, dijo á los que le rodeaban, os creó y os conserva. Todos debéis convertirlos á vuestro primer principio. Este suplicio que consideráis como un oprobio, para mí será objeto de eterna gloria.

El ejecutor, temblando ante esta víctima tan fuerte en presencia de la muerte, le hirió con mano insegura, y le hizo un horrible tajo en el cuello. Agustín se levantó, hizo la señal de la cruz, y luego recibió el golpe mortal: era el 8 de Abril de 1801. Sólo contaba cuarenta y dos años.

Su hijo Carlos había hecho lo posible para suavizar los rigores de la prisión de su padre. Era la época en que los perseguidores empleaban todos los medios para descubrir el refugio del P. T'siu. Los satélites ofrecieron á Carlos la libertad de su padre si quería hacer traición al sacerdote extranjero. La fe del joven triunfó de su piedad filial, y rehusó hablar. Enfurecidos los jueces por este silencio, le hicieron atormentar, y poco después de haber consumado el martirio su padre, pagó con la cabeza su fidelidad á la Religión, cuando tenía únicamente veinte años.

Uno de los hijos de Agustín, llamado Pablo, heredó el valor y las virtudes de su padre y de su hermano mayor. Su único anhelo era conocer perfectamente la Religión y sus deberes, lo que á la sazón era muy difícil á causa de la imposibilidad de ponerse en relación con los neófitos dispersos. Tuvo por fin noticia del sitio donde se ocultaba un fervoroso cristiano, de nombre Justino T'sio, desterrado por la fe, y resolvió ir á visitarle. Debía andar cien leguas á pie, solo, sin guía y sin dinero, y confiando en Dios emprendió tan largo y peligroso viaje.

T'sio dispensó al joven cordial acogida, y le enseñó á leer y escribir en chino, al mismo tiempo que completaba su instrucción religiosa. Pablo formaba ya grandes proyectos á pesar de su pobreza y aislamiento. Visto el desaliento que la muerte del P. T'siu y de los principales cristianos había causado entre los fieles de Corea, era de todo punto indispensable reanudar las primitivas relaciones con la China. Recordando los ejemplos de su animoso padre, Pablo creyó de su deber ir á suplicar al Obispo de Pekín que enviase sacerdotes á su país.

T'sio le alentó en su proyecto, y algunos meses después, con los socorros que le dieron algunos cristianos fervorosos, emprendió la prolongada expedición. Ocultando primero su noble origen, comenzó por obtener una plaza de doméstico de embajada á fin de aprovechar su permanencia en Pekín para ver al Obispo y los sacerdotes, y formar con ellos proyectos para un porvenir más favorable. Hizo repetidas veces sin éxito tan largo viaje, logrando, por último, transmitir á sus paisanos palabras de consuelo. Aunque su edad no excedía de veinte años, su abnegación y sus cualidades le pusieron poco á poco al frente de los cristianos de Corea.

Un sabio intérprete de la embajada fué pronto para él un precioso auxiliar en sus viajes anuales. Habíase

dedicado con pasión al estudio de los filósofos chinos, para buscar solución á ciertas dudas. Un día que por casualidad se fijó en unas hojas de papel que tapizaban el fondo de una caja, leyó escritas en chino, ciertas palabras extrañas: "...alma espiritual..., alma sensitiva..., alma vegetativa..., " que excitaron su curiosidad. Despegó con precaución todas las hojas, y reconoció trozos de un libro cristiano tocante al alma y su fin. Sospechando la verdad, dirigióse á algunos cristianos, que completaron su descubrimiento y le convirtieron á la fe. Pablo Tieng le instó entonces á que le acompañase á Pekín, y solicitase para sí mismo el cargo de intérprete de embajada. Así lo hizo, y el ferviente catecúmeno recibió en Pekín el bautismo y tomó el nombre de Agustín.

Poco después un criado de la embajada, Carlos T'sio, convirtiéndose también, y á pesar de su oscuro origen y su falta de educación, con su celo y desinterés prestó grandes servicios á los dos amigos. Durante más de veinte años Pablo Tieng repitió su largo viaje á Pekín, y en 1836 tuvo el consuelo de introducir al R. Maubant y aun de guiarle á través de las aduanas y de los puestos de soldados de la frontera. El año siguiente el reverendo Chastan se confió á su prudencia para entrar en Corea.

En este mismo año 1837 Pablo volvió otra vez á China, y tuvo la dicha de pasar sano y salvo por la frontera al Ilmo. Imbert. Tantos viajes quebrantaron su salud, y debió instalarse en la capital de Corea, donde el Obispo le encomendó el cuidado de su casa y de dirigir las relaciones de los cristianos con él.

Hacia algunos años que Pablo Tieng desempeñaba esta importante función á satisfacción de todos, cuando estalló la persecución de 1839. En la corte se sospechaba la presencia del Ilmo. Imbert y de sus compañeros. El traidor Ie-saing, arrojando la máscara designó desde luego las víctimas, y en pocos días Carlos T'sio, Pablo Tieng y Agustín Niu con sus familias fueron encarcelados. Tieng compareció el primero ante los jueces.

—¿Por qué, le preguntó el mandarín; no practicas los usos de tu país; y no contento con seguir la Religión de un reino extranjero, quieres infatuar á todo el mundo?

—¿No recibimos todos los días objetos preciosos de países extranjeros? La Religión cristiana es la única verdadera: ¿debemos acaso rechazarla porque procede de otro país? ¿No tiene todo hombre obligación de practicarla?

—Alabas exclusivamente la Religión de los extranjeros: ¿pretendes, pues, que el rey hace mal en prohibirla?

—A semejante pregunta no puedo contestar. Comprendo que pesa sobre mí sentencia de muerte.

Era en efecto por perfidia que el juez había presentado la cuestión en esta forma, sabiendo que el respeto absoluto al rey impediría á Pablo contestar, ó que se atraería sentencia de muerte si insinuaba el menor reproche. El animoso cristiano empezó en seguida á desarrollar una apología de la Religión. El juez reconoció la justicia de su causa, pero interrumpió los argumentos de Pablo diciéndole:





En busca de la fortuna  
En palanquin  
De vuelta del bosque

Escuela coreana  
Mercader de vasijas  
Lavanderas coreanas

COREA.—Tipos y escenas diversas



—Aunque todas tus palabras fuesen justas, obrarías mal enseñando al pueblo lo que el rey ha prohibido.

Cruels suplicios vinieron pronto á dar peso á esta conclusión.

Seis interrogatorios se sucedieron, en los que molieron á palos los miembros de Pablo, quien permaneció fiel, sin revelar el asilo de sus Padres espirituales.

Cuando Agustín Niu compareció á su vez en el pretorio, sus amigos paganos y aun el juez, que le estimaba mucho, le instaron á que se disculpase con alguna señal de apostasía. Resultando inútiles estos medios insinuantes, por cinco veces le sometieron á atroz tortura, sin que se quebrantase la constancia del confesor. A pesar de su fe ardiente, Agustín había temblado no pocas veces á la idea de tales suplicios. Mas en esta ocasión la gracia le sostuvo visiblemente.

El juez le preguntó:

blaron los huesos de brazos y piernas por medio de trozos de madera triangulares. Con cuerdas de crin frotaron sus miembros con movimiento de vaivén aserrándoles las carnes, que caían á pedazos á sus pies. No obstante, permanecieron fieles hasta el fin. La gracia les sostenía, y el ejemplo del Obispo sufriendo, como ellos, los mismos horribles tratamientos y compartiendo su triste prisión, les alentaba á la perseverancia.

El día siguiente fueron conducidos al último suplicio Pablo y Agustín, y cuatro días después sufrió la misma suerte Carlos T'sio.

Cecilia, madre de Pablo, á pesar de sus setenta y nueve años recibió, lo mismo que su hija Isabel, doscientos treinta palos. Murió en la prisión á causa de sus heridas. Su hija fué decapitada. Esta familia es gloria de Corea. *Omnes sancti quanta passi sunt tormenta ut securi pervenirent ad palma martyrii!* (1).



SAHARA.— Camellos ensillados. (Pág. 495)

—¿Quién introdujo al jefe de los extranjeros en nuestro país?

—Yo mismo.

—Y los otros dos sacerdotes ¿dónde están?

A estas palabras Agustín nada respondió á pesar de la cruel tortura empleada para hacerle declarar.

Carlos T'sio fué digno de sus dos amigos.

Como había gran empeño en apoderarse de los otros dos sacerdotes, los verdugos nada omitieron, por bárbaro que fuese, para arrancar á los presos el secreto de su retiro. Sentados los tres en una tabla, con las manos atadas á la espalda y el cuerpo sólidamente sujeto, les apalearon la parte anterior de las piernas, y les do-

## EXCURSIÓN AL PAÍS DE LOS ESHIRAS

POR EL P. BULEON, MISIONERO DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

V

**El país y el pueblo eshira.—Algo de geografía**

**L**os negros, esos niños grandes que no saben leer ni escribir, tienen también su historia; tradiciones curiosas, instructivas, que los ancianos transmiten á los jóvenes, de boca en boca, á la manera de los Patriarcas.

(1) ¡Cuántos tormentos sufrieron, todos estos gloriosos Santos, para asegurarse la palma del martirio!



Recojamos esas tradiciones primitivas de una raza que acabamos de descubrir. La raza eshira es una de las más vivas, y su tipo uno de los más curiosos que he visto.

Situada en el interior, lejos de todo contacto con el europeo, no presenta ese sello de anemia que se advierte en las tribus de la costa. El tipo no es bello, pero representa la fuerza y la salud. En general, la talla tanto en hombres como en mujeres es superior á la mediana: su fisonomía lejos de tener esa expresión feroz que caracteriza las tribus guerreras, revela una especie de timidez audaz que pudiera expresarse diciendo que el eshira no es malo, pero que cuando se le ataca se defiende.

Este pueblo, tan morigerado y apacible, llegado el caso debe ser terrible en la explosión de su cólera. Esto, sin embargo, me han dicho que es muy raro.

Los viejos, no pudiendo ya trabajar, se embrutecen fumando cáñamo y bebiendo vino de palma ó licor de ananas; pero los jóvenes son vigorosos, sufridos, inteligentes, y tienen cierto aire de franqueza muy raro en los africanos. Los niños son siempre muy numerosos; he visto familias con diez ó quince.

Las mujeres cuidan de preparar la comida; siendo la especialidad de los hombres la fragua y el tejer las telas: aun cuando no hagan nada no permanecen inactivos, pues se recrean cantando: á todas horas de una á otra choza se oyen los sonidos de una arpa acompañando con ritmo monótono y melancólico un canto de modulaciones extrañas.

Aquel que ha vivido algunos años en medio de las tribus atrofiadas de la costa, y está habituado á recorrer pueblos tristes y silenciosos donde reina el vicio, siente complacencia al hallarse entre los eshiras, y si tanto amo á éstos no es por sus pintorescas montañas que ocultan su frente en las nubes; no es por el bienestar que su clima proporciona al organismo y lo rejuvenece, sino por la animación que reina en todas partes, y esa profusión de niños que es la señal de la bendición de Dios sobre un pueblo.

¡Ah! ¿por qué las tribus del interior van acercándose paulatinamente á la costa, para extinguirse en ella como las olas del Océano?

Un viejo Nestor del país me ha afirmado que los eshiras han hecho lo contrario que las otras tribus.

—Blanco, me dijo; hace de eso mucho tiempo, tanto tiempo que entonces aun no había nacido mi padre, que supo la historia por su abuelo. Este le decía que en otro tiempo los eshiras, reunidos en la costa, vivían en el Gabón, y su raza iba decreciendo, cuando la invasión de los mpongües les hizo evacuar el terreno. Eran más fuertes, y se apoderaron de los arroyos y los ríos: los terrenos eran apenas suficientes para aquella raza invasora, y el eshira, acosado y perseguido por todas partes, retiróse, se refugió en los bosques, caminó errante largo tiempo, pasó ríos, franqueó montañas, hasta que un día llegó á unas extensas llanuras y se instaló en ellas. Desde entonces la tribu ha ido en aumento. El débil tronco se ha cubierto de follaje, sus ramas se han robustecido, y hoy extiéndese su sombra sobre un vasto país, y este país, el más bello que alumbraba el sol, nunca lo abandonaremos. Para otros los ríos,

para otros las playas donde brama el mar: para nosotros nuestras llanuras y montañas. Mientras permanecemos aquí, como dicen los ancianos, los eshiras serán felices, pues Dios ama á los eshiras.

El anciano Mbonga, á quien pedimos hospitalidad, supo mostrarse digno de la confianza que le dispensábamos. A las pocas horas llegaron de la llanura y del bosque hombres, mujeres y niños que venían á ver al blanco, y felicitar al jefe por el honor de recibir en su casa al hombre que enseña las cosas de Dios.

Cada uno nos traía un regalo: unos ofrecían víveres, otros curiosidades, telas hechas por los tejedores de la comarca, sables y cuchillos de las manufacturas de algún gran jefe y muy bien trabajados, y hasta tabaco de sus plantaciones.

No existiendo aún el monopolio entre los eshiras, cada cual cultiva á su voluntad el tabaco necesario á su consumo y al de su familia, lo que no es poco decir, pues las familias son muy numerosas y todo el mundo fuma, desde el niño de tres años hasta el anciano que ha perdido la cuenta de los suyos. Las mujeres y muchachas no se exceptúan de la regla general, toda vez que el fumar es allí de buen tono.

Después de los primeros saludos y ofrecimientos, Mbonga creyó llegado el momento de pronunciar un discurso y adelantándose en medio de la asamblea, dijo:

—Eshiras, hijos míos, soy yo, Mbonga, quien os lo dice: este día es un día feliz. El blanco ha venido para observar nuestras costumbres y mostrarnos las suyas. He oído decir que á donde quiera van los misioneros la tierra cambia, el país mejora y las cabezas de los hombres se perfeccionan. Numerosas son las tribus que han comprendido sus palabras, y en los lugares donde han sido bien recibidos han fundado poblaciones semejantes á las de su país. Eshiras, hijos míos, ¿qué haremos? ¿No hay hombres en nuestra tribu?

—Los hay.

—La raza eshira ¿no es la nación más grande de esta comarca?

—Lo es.

—Los tandos ¿no son también eshiras?

—Son hermanos nuestros, y hablamos la misma lengua.

—Los nkambas ¿son extranjeros para nosotros?

—Nuestra sangre corre por sus venas, y estos tres pueblos no forman más que uno.

—¡Ah! Blanco, has venido para ver nuestro país, y has hecho bien: pero antes que hayas podido contar nuestras poblaciones y abrir tu corazón á todos los jefes de nuestra raza, más de doce lunas habrán pasado en el cielo, y tus piernas habrán rehusado llevarte. Esta vez, puesto que sólo estás de paso, nos verás apenas, y no podrás sondear nuestros corazones; pero cuando vuelvas para permanecer con nosotros, ¡oh! entonces amarás á los eshiras, pues los eshiras son hombres. Muchas de nuestras costumbres son malas, hartó lo conocemos; mas ignoramos el secreto de cambiarlas en bien: el misionero nos lo dirá, pues parece que lo entiende, y nuestros hijos hablarán la lengua de los blancos; cantarán en la casa de Dios cantos que se dice conmueven el co-



razón y hacen llorar los ojos. En cuanto á nosotros, que tenemos la cabeza cerrada y no podremos aprender, veremos todo aquello y seremos felices. Pero, á propósito, ¿seremos buenos para algo?

—¡Perfectamente!

—Pues en tal caso, ensayarás ilustrar también nuestro entendimiento.

—Por supuesto.

—¡Eshiras, hijos míos, ya sabéis lo que piensa Mbunga, y Mbunga mismo es quien os lo dice!

—¡Mbunga sabe lo que dice, y ha hablado bien! exclamó la multitud.

En Africa, como en todas partes, un orador nunca es insensible á un cumplimento, y así lo comprendí al ver á nuestro viejo amigo volver á su asiento con la ligereza de un joven.

Cuando se ha recibido una visita hay que devolverla, tal es la costumbre, aun en Africa, y como aquel día cierto número de *personajes* vinieron á Inanga á cumplimentarnos, el día siguiente los visité á todos.

El país eshira es vastísimo, y para visitar las tres tribus de raza eshira que forman este gran pueblo, son necesarios muchos meses.

Su país está rodeado de montañas en dirección al Sur hasta orillas del Congo: al Oeste otra cordillera, partiendo de las orillas del Ogowé hacia el lago Avanga, pasa por el bosque de Mayombe, y termina también en el célebre río. Entre estas montañas se extienden hasta perderse de vista las llanuras eshiras, hermoseadas por verdes colinas y profusión de riachuelos. A trechos hay bosquesillos y aldeas, y en todas partes ananas que crecen sin cultivo. Estas llanuras se extienden más allá de las montañas en la dirección del Este, y tal vez sean continuación de las que se encuentran entre los adumas y Francevillia, á orillas del Alto Ogowé. En algunos puntos el suelo parece de extraordinaria fecundidad.

Fresca brisa sopla constantemente en las llanuras, y como el terreno es menos húmedo y pantanoso que á orillas del mar, es probable que sería más sano y á propósito para los europeos.

Algunas poblaciones distan mucho entre sí. En todas se nos dispensa cordial acogida, y en ellas se arraigará fácilmente la Religión.

## VIAJE ENTRE LOS TUAREGS ASDJERS

POR EL R. P. HACQUART, DE LOS PADRES BLANCOS

Creemos que nuestros lectores leerán con interés las noticias geográficas y los detalles pintorescos que sobre la vida de los habitantes del Gran Desierto y la formación de las caravanas nos transmite el P. Hacquart. ¡Quiera Dios que esa excursión sea feliz principio de evangelización para toda aquella parte del Sahara, que diecisiete años ha regaron con su sangre tres Religiosos del cardenal Lavignerie!

### I.—Preparativos de marcha

EN el invierno de 1894 partió del Ued-Suf una expedición política, científica y comercial cuyo objeto era recorrer el país de los tuaregs asdjers del Sudán Central. A la cabeza de la expedición iban cua-

tro franceses: el Sr. Bernardo de Attanoux en calidad de jefe; el Sr. Bounel de Mezières, antiguo compañero del Sr. Mestre en el Congo y Sudán, y dos misioneros del Sahara, los PP. Menoret y Hacquard, cual presencia confirmaba el carácter pacífico de la expedición, y debía facilitar las relaciones con los indígenas árabes ó tuaregs.

Organizóse la expedición en el Ued-Suf, donde el comandante de la división de Constantina, que tratara en Guemar con la embajada (*miaad*) de los tuaregs, me presentó al jefe de la misma Abd-en-Nebi, con quien trabé excelentes relaciones de amistad, interesadas por ambas partes: uno de otro confiábamos recibir servicios de orden diferente, y dígame lo que se quiera de las amistades desinteresadas, persisto en creer que el mejor amigo de un targui es aquel de quien espera mayores ventajas.

Abd-en-Nebi, que es *mokaddem* del orden de los tidjania, había conducido los embajadores á la zauia de este orden en Guemar, en casa del jeque Sid-el-Arussi. Este hace muchos años sirve de intermediario entre las Autoridades francesas y las diversas confederaciones de los tuaregs del Norte por medio de los ifoghas, tribu marabútica que vaga entre Asdjer y Hoggar; va intrigando por todas partes, y es tolerado y menospreciado por unos y otros. Desde Ghadames á Insalah los ifoghas están como en su casa, se mezclan en todo, se entrometen en todas las contiendas, y los guerreros les confían gustosos las tareas que desdeñan hacer por sí mismos.

La expedición se organiza por el general de la Roque y Sid-el-Arussi bajo las siguientes bases: Viajaremos con el *miaad* completo, hasta que los comisionados del Hoggar se separen de nosotros para tomar la ruta de su país: tocante á los comisionados del Este, todos ifoghas, nos acompañarán todo el viaje, y el mismo Abd-en-Nebi nos presentará á los adjers, usando de su poder para desviar de nosotros los peligros que ofrece una expedición entre nuestros terribles vecinos del Sur.

Después de la partida del general, mientras aguardaba á mis compañeros de viaje y el material de la expedición, permanecí en la zauia, donde el jefe me colmó como verdadero cofrade, según decía, de todos los cuidados materiales y espirituales; pues es de saber que fuí ardientemente catequizado durante las prolongadas y muy corteses discusiones religiosas que tuvimos todos los días con él y su hijo mayor, Sidi Saih, joven de mucha inteligencia y de notable delicadeza de sentimientos.

Sidi-el-Arussi se encargó de proporcionar la caballería y el personal indígena necesarios: cuarenta ginetes meharis, diez camelleros y sesenta camellos de carga. Añadiendo nuestros cinco ordenanzas y nuestros meharis y los camellos que habíamos comprado, la caravana contaba ciento cuarenta camellos y sesenta fusiles, pasaporte valedero por toda la extensión del Sahara, cuando la calidad guarda relación con el número.

Así nuestro campamento en Urmés, á doce kilómetros de Guemar, presentaba imponente aspecto.

Los camelleros y ginetes de escolta son de la tribu de los ulad-saih, fracción de los ulad-djamaa, cuyo oasis está en Taibet-el-Guebla, al Sudeste de Tuggurt. En



la época en que las guerras de los *soff* desolaban el Sahara, los ulad-djamaa eran celosos defensores de los tidjania y de sus zauias de Guemar y Temacin. Su jefe los ha aprovechado para esta campaña muy lucrativa, que será el primero en beneficiar.

El 12 de Enero la caravana recibió las recomendaciones supremas y las bendiciones de Sid-el-Arussi:

—¡Oh hijos míos! he querido orar por última vez con vosotros. Como estabais todos en una sola línea detrás de mí para esta oración del Moghreb (puesta del sol), así permaneced siempre juntos ante el enemigo, si Dios permite que él os amanece. Estos señores son amigos míos: os los confío. Sedles adictos y obedientes como á mí mismo. Por mi parte, marcharé invisible delante de vosotros, y no os abandonaré. ¿Oyes, oh Abd-en-Nebi, oh Mokaddem? Te pido que ocupes mi lugar cerca de estos ilustres viajeros y cerca de mis hijos.

—Comprendo, oh jeque, y acepto el compromiso de reemplazarte. No tendrás por qué arrepentirte de la confianza que depositas en mí. Seremos un solo corazón, una sola cabeza, un solo fusil. Por lo demás, gracias á tu bendición, todo nos saldrá bien, si á Dios place.

—*In cha Allah! In cha Allah!* (¡Si á Dios place!) exclamó la multitud.

Sidi-el-Arussi, después de estrechar la mano á los viajeros y dar el beso de despedida á los misioneros, se hizo montar en su mula, y seguido de toda su familia marabútica volvióse á Guemar.

## II.— Desde el Ued-Suf á Hasi Bel-Heiran

Cuando hubimos dejado á nuestra espalda las altas dunas que bordean el Ued-Suf al Oeste y al Sur, experimentamos ese sentimiento de satisfacción que sólo se siente en el Sahara. El espectáculo de estas vastas soledades dilata el alma y la eleva á Dios.

La vida del desierto hace al nómada: allí es donde adquiere su amor á la independencia, la arrogancia que le da la persuasión íntima de su valor personal; allí es donde aprende á pasarse de todo, á sacar partido de lo poco que tiene á su alcance, y en suma á vivir feliz, puesto que no tiene necesidades.

Para gustar del desierto no hay que pasar por él como excursionista, seguido de numeroso convoy sujeto á todas las exigencias de la vida civilizada: entonces se huye de él como de un enemigo, pues á cada instante se ve allí expuesto á carecer de todo. El desierto es hecho para el árabe, como el árabe para el desierto.

Marchábamos tranquilamente, por jornadas moderadas, á fin de no fatigar á nuestras bestias, reservando los grandes esfuerzos para los casos de necesidad. Unas á otras sucedíanse monótonas: andábamos por anchas ondulaciones de arena, cortadas casi regularmente por cadenas de dunas más elevadas, donde el agua es abundante y de buena calidad cuando no están sucios los pozos.

Nuestra principal ocupación era estudiar á nuestra gente, y reconocer entre aquellos cincuenta rostros nuevos los excelentes ginetes, los hombres activos, inteligentes é influyentes que deberían emplearse con preferencia en las circunstancias delicadas.

Felizmente al llegar á Bir-el-Khadem la Providencia nos deparó un auxiliar en Maamar-Uld-el-tib, chaambi de Uargla, tipo acabado de los saharianos del Sur, infatigables, constantemente viajando de Insalah á Ghadames, entre los tuaregs ó por lo menos en el Erg, en la caza del antílope y de la gacela, guías experimentados que conocen todos los desfiladeros, todos los pasos de las grandes dunas, los puntos más insignificantes de agua, los *redirs* (estanques) temporales, los sitios donde basta cavar el suelo algunos centímetros para hallar con seguridad el agua.

A nuestros ojos tiene otro mérito: guía y compañero del P. Richard, no hacía éste viaje alguno sin llevarlo consigo. Así, queriendo aprovechar su fidelidad y sus relaciones con los tuaregs le pregunté:

—¿Quieres venir con nosotros?

—Con mucho gusto.

—Pero ¿sabes acaso á donde vamos?

—Poco importa. Iremos á donde queráis: os guiaré á cualquier parte.

—¿Cuánto pides?

—Lo que tú quieras darme.

—¿Cuándo estarás dispuesto á partir?

—Esta noche iré á Metekki para avisar á mi hermano Ali y á mi hijo Abd-el-Káder: pasaré el día con los míos, y á la noche ó madrugada siguiente me uniré con vosotros siguiendo vuestras huellas.

Los chaambas, informados de nuestro paso por Maamar, al desfilar delante de sus campamentos venían á ofrecernos los presentes de la hospitalidad: carneros, odres de leche, etc.

A medida que adelantábamos hacia el Sur cambiaba el aspecto del país. Surgían en el horizonte líneas de ughrud, enormes pirámides de arena, de aristas vivas y rectas como hojas de sable. Son los postes indicadores de los guías saharianos. Al mismo tiempo debajo de la arena se empieza á sentir la roca; aparece la grava: el *remkari*, el *drin*, plantas de las arenas, ceden su lugar á las matas espinosas y vivaces: *hadd*, *dhomran* y *baguel* que apetecen terrenos menos movedizos.

Llegamos por fin á orillas de una inmensa depresión del suelo, de varios kilómetros de anchura, y extendiéndose hasta perderse de vista en la dirección del Sur: es una porción del Ued-Igharghar. Con su fondo de cantos rodados y sus ribazos bien distintos diríase que esta grande arteria del Sahara cesó de correr ayer, y que un poderoso dique aprisiona sus aguas á corta distancia. Mas las cáscaras de huevos de avestruz y los numerosos yacimientos de sílice cortados, demuestran que desde hace siglos el Sahara es un país estéril y seco: *Terra deserta, et inívia, et inaquosa*.

En tres jornadas llegamos á Bel-Heiran, en donde estaba ya la columna á la que se encargó la seguridad de esta región mediante la construcción de un bordj. Al continuar nuestro viaje nos despedimos emocionados de los jefes de esta columna, que debían protegernos en caso necesario.



## EXCURSIÓN APOSTÓLICA EN NORUEGA

POR EL ILMO. FALLIZE, OBISPO DE ELUSA

## XIII

*Trondhjem; su historia.—Casa de retiro y convalecencia de los misioneros*

**T**RONDHJEM (Drontheim), situada en la embocadura del Nid (de donde viene su antiguo nombre de Nidaros, boca del Nid), cuenta hoy veinticinco mil habitantes, es la cuna de la realeza en Noruega. Aquí eran elegidos los reyes, y es donde en nuestros tiempos se les corona. El célebre Olaf Trygvason fué el primero que construyó en ella, el año 996, una morada Real y una iglesia dedicada á San Clemente. El rey San Olaf, verdadero fundador de la ciudad y apóstol de Noruega, restauró esta iglesia en 1016; pero la ciudad no prosperó hasta el fallecimiento de este Monarca, muerto el año 1030 en la batalla de Stillestad por los enemigos del Cristianismo. El cuerpo del santo Rey fué transportado á Trondhjem, y expuesto en el altar mayor de San Clemente á la veneración de los fieles, que acudieron en gran número tanto del país como del extranjero. El culto de San Olaf hizo de Trondhjem la mayor y más rica ciudad de Noruega. Contaba quince iglesias y cinco conventos. Del Arzobispo de Trondhjem dependían los Obispos de Bergen, de Oslo, de Hamar y de Stavanger en la Noruega propiamente dicha, los de Skaalholt y de Hole en Islandia, el de Garde en Groenlandia, el de las islas Ortkenøer con Hjaltlandia, el de las islas Færøer, y por último el de las islas Suderøer con Man.

La catedral de San Olaf (*véase el grabado, pág. 485*), grandiosa aún en su decadencia, era y es todavía la gloria de los Thrønder. Es una de las más bellas iglesias del mundo, así por el plan general como por la ejecución de los pormenores. El coro, que todavía se conserva, compónese de un inmenso cuadrilátero y de un admirable octágono con cúpula, que contenía el tesoro de la iglesia, la silla de San Olaf. Presenta todo el lujo del estilo gótico primitivo inglés, venido de aquel país con el Cristianismo, al cual se aña-

den en los accesorios, motivos de estilo romano, trabados con admirable arte y delicadeza.

La malhadada Reforma dió al traste con la grandeza de Trondhjem. La preciosa urna con los huesos del Santo fué robada por manos sacrílegas, y el cuerpo inhumado en un lugar actualmente desconocido. Cesaron las peregrinaciones. El vandalismo de los reformadores y repetidos incendios arruinaron la Catedral: sólo en 1869 el Estado y la ciudad hicieron esfuerzos supremos para salvar el más bello monumento de Noruega, empleando al efecto desde entonces una suma anual de más de cien mil francos; pero se necesitarán todavía algunos millones para terminar las obras. Felizmente la restauración se lleva á cabo con estricta sujeción á los planos originales, por lo que resultará una catedral verdaderamente católica. Los habitantes del país dicen



GABÓN.—Grupo de jóvenes eshiras. (Pág. 494)



que la historia de la Catedral de Trondhjem es la historia del Catolicismo en Noruega, y otros añaden explícitamente que la Catedral restaurada servirá, no para los protestantes, sino para los católicos, resucitados con ella. ¡Quiera Dios que así sea!

La Iglesia católica se arraiga ya en Trondhjem, y si bien no se nos ha devuelto aún la Catedral, tenemos allí una iglesia muy capaz, una casa parroquial y excelentes locales para escuela, y el magnífico hospital de nuestras Hermanas de Santa Isabel (*V. el grabado de la pág. 489*) es una de las más imponentes construcciones de la ciudad. Nuestra Santa Religión progresa allí lentamente, pero con seguridad, y nuestro excelente párroco, el R. Riesterer, alsaciano, y su vicario, holandés, tuvieron el consuelo de presentarme para la confirmación gran número de convertidos.

La estación cuenta con dos anejos, y debiera tener más de diez para satisfacer las necesidades de tan extenso distrito.

Desde luego hay el de Levanger, situado más al interior del Trondhjemsfjord, no muy distante de Stiklestad, donde San Olaf dió su sangre por la fe. Somos propietarios de este sitio venerando, y confiamos que con el tiempo se levantará en él un santuario en honor de nuestro Santo nacional.

El segundo anejo de Trondhjem está á orillas del extenso lago de Selbo, á cuarenta kilómetros de la ciudad. Allí, en medio de una población de campesinos, en una propiedad muy vasta, pero de escaso valor, que poseía la Misión, hace dos años instalé una modesta casa de retiro con capilla, donde nuestros sacerdotes quebrantados é inválidos pueden restablecerse ó pasar la vejez, dedicándose á la conversión de esas buenas gentes.

Allí voy á descansar yo también cuando á ello me obligan el médico y mis compañeros. Entonces me convierto en párroco rural, pues el vicario de Trondhjem, que cuida la capilla, la deja enteramente á mi cargo. Durante la semana, después de la Misa, visito á los aldeanos, y les enseño cómo se labra en mi tierra. Entonces, admirados me declaran que yo, obispo, sé labrar mejor que ellos. Esto me lleva como por la mano á hablar de nuestros, países católicos, de nuestras costumbres y sobre todo de nuestra Religión, y henos ya en plena campaña apostólica.

Cuando la lluvia me impide salir me dedico á la carpintería, y hago bancos para la capilla, ó sillas y mesas para la casa. Por la tarde peso algunos salmones en el lago, y voy á coger fresas y bayas que abundan en estas islas. A veces hacemos por la noche alguna expedición, pues aquí la noche no tiene sombras, y vamos á admirar, al lado opuesto del lago, grandiosas cascadas que ningún excursionista vió jamás. De paso visito á los aldeanos, y les anuncio el tema del sermón del domingo inmediato, encareciéndoles la asistencia.

Otras veces hago excursiones á las montañas para visitar á los pastores. Desde la cresta de la cordillera que rodea el lago la vista se pasea libremente por una extensión ilimitada. Por la parte de Poniente brilla á

lo lejos el Atlántico, y por la de Levante vemos los montes de Suecia cubiertos de nieves perpetuas: por aquí diez ó veinte lagos nos miran como otros tantos ojos, tan azules como el cielo: á derecha una cascada se precipita desde lo alto de las rocas, mientras á izquierda el río Nidelven serpentea como cinta de plata en el Tydalen, y viene á echarse á nuestros pies en el Selbosø.

Las mayores complacencias en aquel país las tengo los domingos. A las nueve, de todas partes llegan campesinos para asegurarse un lugar en la capillita de madera, que adornamos con ramilletes de flores y guirnaldas. A las diez empiezo el sermón, casi siempre de hora y media, pues mi plan es exponer durante el mes de mi permanencia en Selbo todos los puntos principales de la doctrina católica. Por lo demás, cuanto más les hablo, más atentos y agradecidos se muestran. Terminado el sermón celebro la Misa, y después toda la asistencia me aguarda en la puerta de la capilla para expresarme su gratitud, y los protestantes que tienen aún dudas me las exponen con toda franqueza y me piden explicaciones.

Por la tarde se repite el mismo consolador espectáculo. Les hago nuevo sermón de hora y media, resolviendo todas las dudas, y luego les doy la bendición con el Santísimo.

Terminada la función la multitud acampa en torno de la capilla, y se entretienen conmigo hasta el anochecer, haciéndome preguntas sobre los medios de salvarse. Estas pláticas familiares, con personas tan inteligentes como dóciles, me hacen lamentar la impotencia en que me hallo de hacer gustar á toda la población rural de Noruega las bellezas de la Iglesia católica.

Abrigo la confianza de que pronto tendremos en Selbo una parroquia católica floreciente.

## SEMINARIO DE MISIONES NACIONALES

PARA PROMOVER LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE  
EN LA REPÚBLICA MEXICANA

### I.—Su objeto

UNA de las necesidades más urgentes de nuestra época en que se interesan vivamente la Religión y la patria, es sacar á la raza indígena del estado lamentable de abyección en que se encuentra, haciéndola participante de los beneficios de la civilización cristiana, y moralizar á nuestro pueblo, que desgraciadamente se va precipitando de una manera alarmante en el abismo de los vicios, y se halla expuesto á grandes peligros de perder su fe con la invasión pacífica del Protestantismo.

Esta Obra, eminentemente religiosa y patriótica, que debe afectar á todos los mejicanos, es lo que se propone realizar la hermosa institución del Seminario de Misiones nacionales, que bendecida por el Sumo Pontífice León XIII, y acogida por el ilustrísimo señor Arzobispo de Méjico, establecerá en esta ciudad, el mes de Septiembre próximo, su Casa Matriz en el antiguo Colegio Clerical de San Joaquín.



Sin vulnerar en lo más mínimo las leyes que nos rigen, se formará en este Instituto un grupo selecto de misioneros que, llenos del espíritu de Dios, y con el poderoso auxilio del conocimiento de las lenguas indígenas, recorrerán la República buscando de preferencia aquellos pueblos en donde no ha brillado todavía la luz del Evangelio, ó que si bien la recibieron al principio, la han apagado con su ignorancia ó adulterado con prácticas supersticiosas. Allí establecerán su morada los misioneros; y con la caridad é interés de una madre, abrirán á sus inteligencias el precioso tesoro de la fe, sembrarán en sus corazones y cultivarán con esmero la fecunda semilla de las virtudes, y al mismo tiempo los iniciarán en el conocimiento de las artes y de la agricultura, inspirándoles amor al trabajo, para hacer de ellos no solamente hijos sumisos y amorosos de la Iglesia, sino también ciudadanos útiles á nuestra patria.

Ni se concretará á esto solamente su Misión. A semejanza del Buen Pastor, recorrerán también las ciudades, los pueblos y humildes cabañas, buscando á los pecadores, y atrayéndolos al redil de Jesucristo por medio de Misiones, ejercicios espirituales, etc., etc. Extenderán también su celo á los niños, fundando en cada residencia escuelas de instrucción primaria, y si bien de preferencia consagrarán sus desvelos á evangelizar á los pobres, no por esto descuidarán á las demás clases de la sociedad, pues en el fin de este Instituto entra formar también de los misioneros expertos directores de almas, de que tanta necesidad hay en nuestra época.

He aquí á grandes rasgos el objeto de esta Obra.

#### II.—Medios para su objeto y conservación

Siendo tan importante el objeto del Seminario de Misiones nacionales, es necesario adoptar los medios convenientes para su establecimiento y conservación. Para esto, previa la autorización del ilustrísimo señor Arzobispo de Méjico, Protector Benemérito de la Obra, proponemos el siguiente sistema de cooperación, que está al alcance de todas las clases de la sociedad, desde las más opulentas hasta las más pobres.

1. Habrá bienhechores insignes á perpetuidad; y se llamarán así las personas que costeen la formación de uno ó más misioneros. Se ha calculado que ésta, si comienza desde los primeros estudios, necesitará diez años y un presupuesto de \$ 2,000, cantidad que podrán entregar los bienhechores, ó bien de una vez, ó por anualidades ó mensualidades.

2. Bienhechores insignes. Se llamarán así los que den por una sola vez \$ 1,000.

3. Bienhechores simplemente, los que den de 100 á \$ 500.

4. Cooperadores, los que den cualquiera cantidad inferior, ó se subscriban mensualmente con alguna cuota.

Como se ve, en este sistema de cooperación pueden tomar parte hasta los pobres, dando cada mes su pequeño óbolo. Además, en vez de dinero pueden cooperar también dando los artículos que sirven para la manutención; como v. g.: semillas, azúcar, etc., etc.; y esto es muy cómodo para los comerciantes y hacendados que quieran favorecer esta grande Obra.

#### III.—Su dirección y organización

En la capital de la República se establecerá el Consejo general de la Obra de la Propagación de la Fe, que se encargará de recibir las limosnas de los Consejos particulares que se establezcan en las diócesis, y entregarlas á la Casa Matriz para el sostenimiento y gastos de los misioneros, sin tener ingerencia alguna en el gobierno propio del Instituto. En cada diócesis se fundarán dos Consejos particulares: uno para coleccionar las limosnas de los eclesiásticos, y otro para las de los fieles. De los dos Consejos será Presidente honorario el ilustrísimo señor Obispo diocesano; y cada año se les remitirá por el Consejo general un informe de los fondos colectados y de su inversión.

La manera de hacer las colectas de limosnas será la misma que empleaba la Obra de la Propagación de la Fe para las Misiones extranjeras. Cada uno de los asociados entregará su donativo á un recaudador llamado jefe de decena, que recibe la cuota de diez personas. Este las remite á un otro intermediario, encargado de recoger las subscripciones de diez jefes de decena y de entregarlas al Consejo diocesano. El cargo de los administradores es enteramente gratuito. A cada uno de los colectores se les dará un diploma firmado por el Presidente del Consejo, para que acrediten su respectivo cargo.

#### IV.—Distribución de los misioneros

Como el fin principal de este Instituto es atender á las necesidades espirituales más urgentes de nuestra patria, una vez que se vayan formando los misioneros se distribuirán de la manera siguiente:

1. Si los señores Obispos costean la formación de algunos misioneros, procurará el Instituto, en cuanto sea posible, atender de preferencia á sus diócesis, fundando en ellas una ó más residencias que dependerán de la Casa Matriz.

2. Los misioneros que se formen con las limosnas de los eclesiásticos de la república, irán de preferencia á las diócesis más necesitadas.

3. Los que se formen con las limosnas de los fieles, se emplearán en dar Misiones en los pueblos ó evangelizar á los indios, á juicio del Superior del Instituto, teniendo en cuenta la mayor necesidad ó bien que pueda esperarse.

#### V.—Beneficios de que disfrutarán los bienhechores y cooperadores

El Seminario de Misiones nacionales, fuera de las Misas que hará celebrar cada mes, y cuando tenga noticia del fallecimiento de algún bienhechor, ofrecerá por ellos y por todos los cooperadores, según la medida de su cooperación, todas sus oraciones, mortificaciones, etc., y tendrán parte en los bienes espirituales que produzca en las almas.

Además, se solicitará oportunamente de la Santa Sede para los señores eclesiásticos y los simples fieles, las mismas indulgencias y privilegios concedidos á los cooperadores para la Obra de la Propagación de la Fe en las Misiones extranjeras.



Toda la correspondencia deberá dirigirse al señor presidente del Consejo General, D. Vicente de P. Bustos, Escalerillas, núm. 8, Méjico, así como los donativos extraordinarios.

### LAS SOCIEDADES MISIONERAS EN INGLATERRA

Es Inglaterra el país donde más dinero se recoge todos los años por medio de subscripciones voluntarias para costear las Misiones religiosas en el extranjero.

Hay una porción de Sociedades mantenidas allí por distintas sectas protestantes con el objeto de propagar

que no sea mejor dirigido, es decir, bajo la autoridad de la Iglesia católica.

Pero en verdad que es de extrañar que se gaste tanto dinero cada año por los ingleses de esas Misiones, mientras en las ciudades principales del Reino Unido existe siempre tanta miseria.

En Londres muchos miles de hombres, mujeres y niños viven en una condición calamitosa; no solamente los de mala vida, los borrachos, los viciosos, sino constantemente gran número de personas en esa capital no encuentran trabajo, y por consiguiente se hallan en el mayor apuro, ¡y hasta algunos mueren de hambre! Allí como en todas las capitales de Europa, hay muchas personas que no creen en nada, que rechazan toda ins-



CONGO.—Factoría holandesa en Senga-Nenne, junto al río Lucula. (Pág. 494)

sus doctrinas en el extranjero, sea en la India ó en Africa ó en China.

La Asociación misionera principal es la de la Iglesia episcopal, ó del Estado, que en el año 1894 recogió la respetable suma de 572,712 libras ó sea cerca de tres millones de pesos oro.

Otras Sociedades, en Inglaterra principalmente, en Escocia y aún en Irlanda, recibieron ese mismo año 802,859 libras, ó sea un total, entre todas las sectas protestantes, como de siete millones de pesos oro si se agregan las sumas que reciben por legados, etc.

Esta liberalidad para promover la civilización de salvajes ó paganos, para cristianizarlos, muestra el espíritu religioso de la nación británica; y hay que lamentar

trucción religiosa (verdaderos paganos en medio de la civilización), gentes que sólo buscan los medios de vivir, y no creen en otra vida que en la presente.

Parece que sería razonable tratar de reformar esas pobres gentes en el mismo país antes de enviar Misiones al extranjero para civilizar los salvajes y paganos.

He aquí la explicación de todo: En Inglaterra hay muchos sectarios que viven bien á costa de las Sociedades misioneras; ellos y sus amigos viajan por Africa ó China, y viven allí (generalmente con toda seguridad); y éstos meten mucha bulla acerca del deber en que están los ingleses de civilizar á los indígenas á los países conquistados, y de cristianizarlos. Como el pueblo inglés es muy caritativo (y tan crédulo como caritativo), cree



lo que los misioneros protestantes le dicen respecto de los muchos convertidos, y del bien que se va haciendo en esos países lejanos; y se sabe que cada pueblo ó tribu enseñada (que sea cristianizada ó no) ha de consumir muchas mercaderías inglesas. Por consiguiente, afluyen las subscripciones año tras año, para las Misiones extranjeras, las Sociedades para repartir la Biblia en el extranjero, y otras.

La tarea de reformar y socorrer los cientos de miles de personas ignorantes, menesterosas ó viciosas que habitan las ciudades principales inglesas, no ofrece tanta ventaja para las sectas protestantes como la de recoger dinero que servirá para sus partidarios y para hacer propaganda de sus doctrinas. ¡Así es que se gastan sumas inmensas fuera del país en los paganos, mientras tanta gente indigente lleva vida miserable en la misma opulenta Inglaterra!

Se necesita hacer propaganda activa y perseverante entre los ingleses, para hacerles ver lo irracional de su proceder respecto de sus Sociedades bíblicas y misioneras.

La historia de los últimos cuatro siglos, en Inglaterra, es muy poco conocida entre los ingleses; porque la gente interesada en ocultar los hechos infames de los pretendidos reformadores, ha podido desfigurar los hechos, dar narraciones incorrectas ó calumniosas de lo que ha sucedido en los tiempos de la apostasía, y de lo que resultaba de esos sucesos.

En Inglaterra, durante un siglo después de la revolución llevada á cabo por Enrique VIII y su hija Isabel, casi nadie osaba decir ni escribir una palabra en defensa del Catolicismo; reinaba una persecución terrible contra los católicos, y por consiguiente todo lo que los protestantes decían y escribían á favor de sus doctrinas, quedaba incontestado; y poco á poco el pueblo inglés se hacía protestante de buena fe, porque no oía la verdad, y todos los días se le decían mentiras sobre la doctrina católica. Los pocos católicos que quedaban en Inglaterra, durante los siglos XVI y XVII, se consideraban muy felices cuando podían vivir en paz; no podían tomar parte alguna en el Gobierno (sin apostatar); y sólo en 1829, cuando se hizo ley la emancipación católica en la Gran Bretaña, los católicos gozaron de los derechos de súbditos ingleses.

Entre tanto varias historias se publicaron, llamadas *Historias de Inglaterra*, en las que en vez de contar los hechos verdaderos de la pretendida Reforma, se contaban falsedades ó se omitían los sucesos que hablaban en contra del Protestantismo; se alababa mucho al rey Enrique VIII y á la reina Isabel por su celo en extirpar la superstición romana, por su generosidad y patriotismo, mientras en verdad se debía tachar á ambos Reyes de monstruos, reos de toda clase de iniquidades.

El modo de hacer abrir los ojos de los ingleses tocante á la vil explotación de que han sido víctimas durante tanto tiempo, sería hacer ver á los cándidos suscriptores y sostenedores de las Sociedades misioneras y bíblicas, la verdad de lo que ha pasado en Inglaterra en tiempos de la pretendida Reforma. Por este medio se sabría qué destino tenían los bienes eclesiásticos (en los que los pobres tenían un tercio de la renta anual), y cómo ha sucedido que la Iglesia del Estado no contribu-

yera á cristianizar los paganos en Inglaterra misma, y á enseñar á los ignorantes, sin pedir constantemente dinero al público para esos objetos.

Es de esperar que se halle un hombre ó muchos hombres (pues la obra necesita del concurso de muchas personas) que se dedique á la tarea de desengañar á la nación británica, de hacerle ver los errores cometidos por sus reyes, sus nobles y Gobiernos desde la época de la apostasía, es decir, durante 360 años. Entonces se podrá esperar una reforma más radical en Inglaterra, y así se preparará el terreno para la conversión de la nación á la verdadera Religión cristiana.

## COLONIZACIÓN DE FERNANDO POO

ESTA isla, que evangelizan los misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, es bastante grande: de N. (Punta de los Frailes) al S. (Punta Santiago) tiene una extensión de 35 millas (15 leguas) sobre 14 de ancho (5 leguas.) Dista del monte y punta Camerón (lo más próximo de Costa firme) 20 millas (7 leguas). Al interior forma un sistema de montañas cuyo pico más elevado, llamado en otro tiempo Clarence por los ingleses y hoy por los españoles pico Isabel, tiene una altura mayor de 10,000 piés (de 0'348) 3,480 metros.

Las costas son muy pintorescas, rodeadas de bahías cómodas donde desembocan numerosos ríos de agua potable que descienden de las montañas. Sólo la parte meridional, poco conocida, está formada por rocas abruptas elevadas é inabordables. El más grande río se llama del Cónsul, nace de la vertiente septentrional del pico de Clarence, pasa cerca de la ciudad por un lecho pedregoso, y desemboca al N. E. de Santa Isabel en la bahía del Cónsul.

Espesos bosques se extienden por las faldas de las montañas hasta las tres cuartas partes de su altura. Se ven también por intervalos en las partes bajas algunos terrenos cultivados que producen muchos ñames de excelente calidad. Los bosques se componen de gigantescos árboles de variadas especies, entre las que figuran la palmera, el roble africano, varias clases de caoba y maderas de fibra resistente, y también una especie de palo campeche amarillento. La caña de azúcar y el algodón abundan bastante.

Se cultivan con excelente resultado la quina, el cacao, el café, la vainilla y el tabaco, y la abundancia de frutos es incalculable; entre ellos, las naranjas, piñas, plátanos, cocos, papayas, ananas, limones, guayabas, cierta clase de castañas, ciruelas blancas y muchas que se producen en los bosques sin cultivo.

Esta isla fué descubierta en 1471 por el portugués (Fernao de Poo) Fernando Poo, que le dió el nombre de isla Formosa (isla hermosa), y después se le dió el de su descubridor. Los portugueses establecieron las primeras colonias, pero jamás se extendieron seriamente en esta isla, á causa de la gran mortalidad que experimentaron y que paralizó las tentativas de colonización. Cuando regresaron á su metrópoli, pintaron á los habitantes de la isla como salvajes hostiles, y les acusaban de haber envenenado el agua de los ríos para obligar á



los blancos á dejarla. Nada más falso: la mortalidad provino más que del clima, de los abusos de todo género á que se entregaron.

Desalentados los portugueses, cedieron la isla á los españoles en 1778.

Los insulares de Fernando Poo han sido siempre bastante tímidos, y aun hoy conservan este rasgo característico.

En el mismo año de 1778 tomaron posesión de la isla y su gobierno, una expedición española compuesta de la fragata *Catalina* y dos naves pequeñas á las órdenes del Conde de Artalejos. Poco después tomaron posesión de la isla de Annobón situada también en el golfo de Biafra. Algunos meses más tarde, muerto el jefe de la expedición, quedó de comandante el coronel Primo de Rivera, que construyó un fuerte en la bahía de Bisafra, llamada hoy por los españoles bahía Concepción.

En 1781 hubo una revolución entre la guarnición, y después de numerosas peripecias la isla fué abandonada por los españoles.

Los navíos ingleses visitaban con frecuencia Fernando Poo para provisionarse de agua y de víveres que les proporcionaban los habitantes menos tímidos de la costa; consideraron la isla como un objeto de buena presa, por encontrarla abandonada, y se establecieron en ella fundando en 1827 una colonia. El capitán Owan, célebre explorador de las costas africanas, fué el iniciador de esta empresa. La colonia la establecieron los ingleses sobre la costa septentrional de la isla, y recibió el nombre de Clarence.

Desde esta época fué éste el centro de acción de los barcos de guerra ingleses que hacían la caza de negreros: los navíos capturados eran conducidos á este puerto, su tripulación ahorcada en los palos de su propio buque, que era destruido al momento; en tanto que los negros, puestos en libertad, se dejaban en la colonia para ir formando la población de Clarence. Así se ha producido la amalgama singular de razas diversas de que se compone actualmente la población mulata y negra de Santa Isabel.

Después los ingleses trasladaron su tribunal á Sierra Leona; la isla fué cedida á unas Compañías privadas para explotar sus riquezas naturales, y que al poco tiempo hicieron bancarota.

Más tarde el Gobierno inglés hizo un tratado con Portugal, volviendo á tomar posesión de la isla; mas España protestó, alegando derechos incontestables. Los ingleses trataron entonces de comprarla, ofreciendo por ella 60,000 libras, pero el Gobierno español contestó que no era aún bastante pobre para vender sus colonias.

Las codicias sobre esta isla llamaron la atención del Gobierno español, y mandó á D. Juan José de Lerena para afirmar de nuevo sus derechos y arbolarse el pabellón nacional.

Un negro de la isla llamado Beikroff fué nombrado gobernador: este funcionario era al mismo tiempo cónsul inglés, y murió en 1864, como lo acredita un monumento que hoy existe.

Lerena se dirigió hacia el S., y tomó posesión de las islas de Corisco, Elobey Grande y Elobey Chico, y de una porción de la Costa en la embocadura del río Muni, y desde la frontera septentrional de Gabón.

Cuando Stanley regresaba de su travesía del Africa pasó por Fernando Poo, y hubo de expresarse en los siguientes términos acerca del mérito y excelencia de la isla que poseemos en el Golfo de Biafra:

«España posee la parte más sana y más fértil del Golfo de Guinea. Fernando Poo es la joya del Océano, que explotan todos menos los españoles. ¿Por qué no habían de enriquecerse los españoles en provecho de su patria? Puede tenerse en el monte de Santa Isabel el clima europeo; puede constituirse en Fernando Poo un sanatorio que se vería frecuentado por los numerosos comerciantes, viajeros y marinos á quienes su negocio les llamase á la costa ecuatorial africana. He visto en Elobey, en Corisco, en Fernando Poo á los empleados y á los colonos españoles pálidos y temblorosos por la fiebre, en la playa mal sana, cuando un pequeño camino en la montaña les daría fuerza y salud para trabajar en el desarrollo de las riquezas naturales que hacen de estas Colonias una de las más valiosas posesiones del mundo.» En efecto, Fernando Poo, con sus excelentes aguas y feracísimas montañas, ofrecen al comercio español incomparable ancho campo para sacar de su suelo tan grandes beneficios por lo menos como los extrajeros sacan en comarcas de análoga posición y peor clima. Además, tiene esta isla la inestimable ventaja de ser la llave de los caudalosos ríos Niger y Calabar.

Pueden y deben hacerse grandes y lucrativas plantaciones de cacao, café, caña de azúcar, tabaco, quina, algodón y tal vez ramio. Las magníficas partes que ofrecen sus llanos son indicio seguro del gran partido que podría sacarse de la cría de ganado vacuno y de cerda, y no dudamos que esto se conseguirá si el Gobierno logra encauzar la emigración, que hoy se dirige á las posesiones extranjeras de Africa y en los países del Sud América.

Se crían espontáneamente dos clases de algodón: el llamado *Bombaux Ceiba*, que es muy corto y quebradizo, aun cuando por otra parte es sedoso y de un blanco deslumbrante. La otra especie es el algodónero arbusto, planta que vive diez años próximamente, cuyo producto es abundantísimo. El algodónero herbáceo, que es el mejor, aun cuando no se produce allí, podría fácilmente aclimatarse.

## CRÓNICA

**Francia.**—El Ilmo. Pablo Pellet, cuyo retrato damos en la página 481, nació el año 1859 en San Juan de Bournay (Isère), y sintiéndose llamado al apostolado entró en 1879 en el Seminario de las Misiones Africanas de Lyon.

Ordenado sacerdote en 1883, pasó un año en Irlanda para familiarizarse con la lengua inglesa. Designado para las Misiones de la Costa de Benín, llegó á su puesto en 1884. En aquel inmenso distrito, que comprende parte del Dahomey, ejerció durante diez años consecutivos el rudo ministerio de la evangelización de los negros. Un temperamento extraordinariamente robusto le puso los tres primeros años al abrigo de las calenturas; pero poco á poco, quebrantado por un ministerio fecundo, pero penosísimo, tuvo que pagar tributo á la temible enfermedad, y volvió á Francia para restablecer su salud.

Sus Superiores le encomendaron la dirección del noviciado de Sassenage. El aire puro de las montañas reparó pronto los efec-



tos del clima africano, y sintiéndose capaz de nuevas luchas, el intrépido misionero disponíase á volver á sus queridas Misiones, cuando fué nombrado vicario apostólico de la Costa de Benín, donde tanto había trabajado, siendo consagrado en Lyon el 25 de Agosto de 1895.

**Filipinas.**—De una carta de Benguet (Misiones del Norte de la isla de Luzón, Filipinas), que publica el *Diario de Manila* del 10 de Agosto del presente año, copiamos los siguientes párrafos:

«El día 25 del mes pasado, en la Misión de Daclán, por el reverendo P. misionero agustino Fr. Ricardo Montes les fué administrado el Sacramento del Bautismo á doce catecúmenos de ambos sexos. Durante cuatro meses han estado sometidos á su vigilancia é instrucción evangélica, residiendo, según su sexo, en las casas del maestro y de la maestra, que, alentados por el reconocido celo y virtudes del referido Religioso, le secundan en su piadosa obra.

«No es ésta la primera vez que en el poco tiempo que lleva el P. Ricardo en aquella Misión, ha dado igual ó aproximado número de fieles á la cristiandad.

«La obra del P. Montes no se limita á que los que reciben el bautismo sean cristianos, sino que en el momento en que empiezan á estudiar la doctrina, las niñas se dedican á aprender la costura y demás obligaciones propias de la mujer; los niños durante las horas que no asisten á la escuela, el mismo maestro les lleva á las faenas del campo para que aprendan á ganar el sustento con el sudor de su frente.

«Este Religioso, siempre que tiene necesidad de ir á la cabecera, lo que hace con gran sentimiento por tenerse que separar de los que trata como hijos, emplea todos sus ahorros en ropa y utensilios para aquellos que le esperan con impaciencia.»

—Los trabajos de la Compañía de Jesús en la conquista espiritual de Mindanao han durado 106 años.

¿Cuáles han sido los trabajos realizados por los misioneros de la Compañía, en esos 106 años, no continuos, sino muy interrumpidos?

Lo dice con gran elocuencia la siguiente estadística:

37 Misiones; 380 pueblos, visitas y Reducciones; 59 Religiosos en Manila; 103 en Mindanao; 214,296 almas sujetas al dominio espiritual de la Compañía; 15,705 bautismos en el año 1895; 2,874 casamientos; 6,613 defunciones, y 6,264 infieles bautizados.

La evangelización de Mindanao, cuya importancia revelan los consoladores datos que anteceden, ha crecido principalmente en estos últimos años, como lo demuestra el hecho de que en 1886 la población espiritual de la Compañía de Jesús, en Filipinas, era de 146,592 almas. Luego en sólo nueve años esta población ha aumentado en 67,704 almas.

Estas elocuentes cifras son testimonio vivo del mucho bien que hacen aquellos santos varones que abandonan patria, familia y comodidades para buscar sólo la mayor gloria de Dios.

**Lautaro (Araucanía).**—El R. P. Fr. Pedro B. Quintana, misionero franciscano, escribe desde Lautaro el 18 de Julio último:

«He recorrido gran parte del vastísimo territorio comprendido entre los ríos Cautín y Quinthalpe. Los fieles de estos lugares son muy numerosos, y sólo quien haya cruzado estos campos, hasta poco ha poblados de sólo indios, se habrá impuesto de que es crecido el número de españoles que ahora los habitan. Confirmación de mi aserto es el trabajo abrumador que imponen al misionero, particularmente tratándose de bautismos y confesiones, así de sanos como de enfermos, que son frecuentísimas.

«Lo que principalmente alegra el corazón del misionero en las largas y penosas jornadas que tiene que recorrer, es el encontrarse á veces con su grey predilecta; habitan particularmente á la orilla de los ríos Muco y Cautín, y de los riachuelos Alhueco, Dolliuco, Peupeu y Thumil, muchos indios, los cuales son en gran parte cristianos, debido al celo de nuestros predecesores. Queda, empero, un crecido número sin ser regenerados en las aguas saludables del Bautismo, á consecuencia de la escasez de operarios.

«Los indios bautizados son cristianos ejemplares, que cumplen fielmente los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Aun de lar-

gas distancias acuden muchos á cumplir con el precepto de la confesión y comunión anual, se apresuran á fortalecer su alma con los auxilios religiosos cuando están en peligro de muerte, habiendo ocurrido casos que desde la distancia de once leguas han venido en demanda de confesión; y, finalmente, como buenos cristianos, se confiesan y comulgan antes de contraer matrimonio, considerando en nada el concubinato civil.

«Durante el tiempo transcurrido desde que tengo las facultades parroquiales y de misionero en este territorio, he tenido 597 bautismos, 40 matrimonios, y 2,000 confesiones, de las cuales 51 han sido de enfermos.»

**Noticias varias.**—En Cetinge, capital del principado de Montenegro, hay más de 400 católicos, en medio de los griegos cismáticos; y sin embargo hasta ahora no habían podido obtener autorización para construir una capilla. Gracias á la protección de San Antonio de Padua, se ha obtenido por fin el favor tan suspirado. Habíase hecho el voto de dedicar la futura iglesia al Santo taumaturgo, si se obtenía la autorización requerida para la construcción del edificio. San Antonio se ha apresurado á allanar todas las dificultades, y el príncipe Nicolás, soberano de Montenegro, ha concedido solemnemente el favor solicitado. Además el Gobierno ha permitido la construcción de un seminario en Antivari para la formación del clero de la diócesis.

## VARIEDADES

### EPISODIOS DEL P. CLARET EN CUBA

**D**URANTE los dos primeros años, el Siervo de Dios, no obstante los temblores de tierra y el cólera morbo, visitó todas las parroquias del arzobispado, dió Misión en todas ellas por sí mismo ó por sus celosos compañeros, reuniendo á las veces dos ó tres parroquias rurales que comprendían dos ó tres leguas. Para iglesia, en caso de necesidad, servíanse de algún secadero de tabaco, que no era otra cosa que un grande cobertizo. Allí levantaban un altar y el púlpito: los confesonarios se formaban con sillas; mas para confesar á mujeres, añadían unas rejillas que á este efecto llevaban consigo. Para comprender la abnegación de aquella vida apostólica que el Siervo de Dios hacía, á pesar de su dignidad episcopal, sería menester haberle visto recorrer muchas veces á pie, con gran modestia y sencillez, caminos ásperos y tortuosos, sin provisiones de ningún género, ó tan frugales, que para cualquier rústico labriego servirían de penitencia. Juntóse á esto que en los dos primeros años fueron las lluvias tan frecuentes y abundantes, que hubo vez en que llovió nueve meses seguidos, sin un solo día de interrupción, con lo cual cada uno puede echar de ver los apuros en que viajando se verían. De estas trabajosas expediciones, emprendidas por la gloria del Señor en un país tan caluroso, nos ha dejado escritos el mismo Siervo de Dios dos piadosos, episodios, que al paso que indican la estrechez y necesidad grande en que á las veces se veían, y el contento y alegría con que la llevaban por amor del Señor, parecen recordarnos los poéticos tiempos narrados por Homero ó inventados por la fecunda imaginación de los más insignes novelistas. Mas aquí la realidad supera en ternura y pintoresca sencillez á las escenas campestres, más tiernas y delicadamente descritas por los que apacientan su imaginación con los caprichos de su fanta-



sía, como lo podrán ver nuestros lectores, sobre todo en la segunda.

«Me acuerdo dice, que el segundo año nos hallábamnos en aquellas tierras; quise ir por tierra á la ciudad de Baracoa, ya que por mar no tuve proporción. Empecé el viaje con mis compañeros, y como los lugares por donde habíamos de pasar eran solitarios y las gentes de las pocas casas que por allí había, por temor del cólera se habían ausentado, venía con nosotros un criado que llevaba la comida. Comenzó éste á quedarse atrás, porque la bestia de carga no podía caminar, y entre tanto nosotros, aunque muy tarde y ya de noche, llegamos á una casa en la que no hallamos más que una galletica de soldado, pequeña y durísima, de la que hicimos cuatro pedazos, uno para cada sacerdote; y al día siguiente, en ayunas tuvimos que emprender el peor camino que jamás he andado en mi vida. Fué necesario pasar el río llamado Josó treinta y cinco veces, pues como corre serpenteando entre dos altas montañas, y no hay otro lugar para el paso, cuando abre camino por una parte no lo abre por otra. Pasado el río, tuvimos que subir á las montañas llamadas las Cuchillas de Baracoa, cuyo nombre les es muy adecuado, porque verdaderamente están como cuchillas, y porque por encima del corte ó cresta se extiende el camino. Hay trechos en él en que es menester dar señal ó aviso con el sonido de un caracol marino para que si hay dos viajeros á caballo en dirección contraria, no se encuentren; de otra suerte, el caballo del uno ó del otro tendría que rodar montaña abajo; porque es tan estrecho el paso, que el animal no tiene lugar para dar la vuelta atrás, y las montañas son tan altas, que desde ellas se ve el mar á uno y otro lado de la isla, por estar en medio de ella; y son tan largas, que el paso dura cuatro leguas. Pues por estas montañas tuvimos que subir y andar en ayunas y con gran peligro de caer. La bajada es tan pendiente, que yo resbalé y caí dos veces, aunque, gracias á Dios, no me hice mucho daño.

«Al medio día llegamos á una casa de campo, en donde pudimos comer, y por la tarde llegamos felizmente á la ciudad de Baracoa, en el punto en que al llegar á la isla de Cuba puso los pies el descubridor Colón. Todavía se conserva la cruz que plantó á su llegada. Sesenta años hacía que esta ciudad no había sido visitada por ningún Prelado, y, por lo tanto, no se había administrado en ella desde entonces el sacramento de la Confirmación. Cuando yo llegué, ya dos de mis misioneros habían hecho la santa Misión; no obstante, prediqué todos los días que permanecí en ella, administré á todos el sacramento de la Confirmación, la visité, y pasé luego á la parroquia de Guantánamo, y de ésta á la de Mayarí, preparadas con la Misión de mis compañeros, é hice en ellas lo mismo que en Baracoa.

«De Mayarí fuimos á Santiago, la capital, distante de allá unas cuarenta leguas. Salimos de Mayarí el lunes de Semana Santa; y como el camino es muy solitario, tuvimos que llevarnos provisión para comer, la cual consistió en un potaje de bacalao con garbanzos y patatas en una olla de barro. Después de haber andado gran trecho de camino, los viajeros dijeron que habíamos de comer. Nos detuvimos, por lo tanto; sacaron la olla, encendieron lumbre, y para resguardarse del

viento se arrimaron al tronco de una gran caoba; todos fuimos por leña, mas fué luego tan intenso el calor del fuego, que se rompió la olla. Entonces nos procuramos una yagua, que es una hoja grande que se cae de las palmeras, semejante al pellejo de un carnero. Pusimos en ella el potaje, y como no teníamos cuchara ni tenedor, cogimos unas güiras, que son hojas de otro árbol, y con ellas tomamos nuestro rancho ó potaje. Tuvimos sed, y para calmarla cogimos otra yagua, y atada por los extremos formaron un odre, que llenamos de agua en el vecino arroyo, y así bebimos muy regaladamente: todos estábamos tan contentos y tan alegres, que era una maravilla. El día siguiente llegamos á Santiago, en donde celebré las funciones de Semana Santa, lo cual hice todos los años.»

Tan poca cuenta tenía de sí mismo, á pesar de su dignidad, que según dicho de los que le acompañaban en sus visitas pastorales, en donde le cogía la noche allí dormía, aunque fuese en despoblado, para lo cual colgaba á veces su hamaca de árboles, y en ella tomaba un ligero descanso. Premió el Señor la abnegación con que su Siervo le servía, con varias gracias extraordinarias que le concedió en algunos de estos viajes.

El P. Juan Bautista Fonte, que le acompañó en la santa visita pastoral, dice que así él como los familiares del virtuoso Prelado tenían por cosa singular y admirable, el que atravesando muchas veces á caballo barrizales, de donde todos salían enlodados, sólo el Siervo de Dios salía limpio.

El presbítero D. Juan Callar solía contar otro caso harto gracioso que le pasó á él mismo, y en el cual, á su juicio, había algo de sobrenatural. A causa de las distancias y de las fatigas consiguientes á un clima tan caluroso como el de Cuba, veíanse á las veces con la necesidad de ir á caballo todos los de la comitiva. Acaeció una vez que, acompañando al Siervo de Dios en la visita, iba aquel buen sacerdote montado en un caballo, al parecer el más bizarro y elegante, pero tan torpe en el andar, que todos los otros le dejaban muy atrás. El Sr. Gallart echaba mano del látigo y de la espuela, pero no había medio de arrancar al animal de su paso. Ya el brazo se le cansaba de darle tan fuertes y repetidos golpes, ya las espuelas habían roto la dura piel del caballo y la sangre goteaba de las frescas heridas que le abrieron; pero la bestia no se movía más ni menos, como si fuera insensible á aquella especie de martirio. Los que iban delante se cansaban de esperarle, y no sabían á qué atribuir tanta indolencia. Oyendo el santo Arzobispo el murmullo de los que le acompañaban, preguntó qué era aquello. Se lo explicaron, y volviéndose él atrás fué adonde estaba el Sr. Gallart, y le dijo:

—Monte V. en mi caballo, y yo montaré en el de V.

Trocaron, en efecto, las cabalgaduras y ¡cosa admirable! apenas montó el Sr. Claret, el pesado animal aligeró el paso de tal manera, que se adelantó á los demás y parecía que volaba. Los compañeros se maravillaron no poco del suceso, y más el P. Juan Gallart, que no había podido con el cuadrúpedo. Acaeció el hecho yendo de las Tunas á Cauto del Embarcadero.

(Vida admirable del P. Claret.)